



**HAL**  
open science

## Cuerpo del Convite

Benjamín Ballester Riesco, Alexander San Francisco Araya

► **To cite this version:**

Benjamín Ballester Riesco, Alexander San Francisco Araya. Cuerpo del Convite. 2017, 978-956-368-873-3. hal-02937450

**HAL Id: hal-02937450**

**<https://hal.science/hal-02937450>**

Submitted on 16 Sep 2020

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

CUERPO  
*del*  
CONVITE

Benjamín Ballester • Alex San Francisco









CUERPO  
*del*  
CONVITE



Benjamín Ballester • Alex San Francisco

CUERPO *del* CONVITE  
Benjamín Ballester \* Alex San Francisco

Colección Bergantín Águila n°3

I.S.B.N.: 978-956-368-873-3  
Registro de propiedad intelectual, Inscripción N°: 280641

\* \* \* \* \*

Fotografías: grupo de investigación.  
Diseño y diagramación: Ocio Inefable.  
Impreso en Chile, Julio 2017 por:  
Imprenta Ojo en Tinta, Santiago.

Obra financiada por el Fondo Nacional  
de Desarrollo Cultural y de las Artes.  
Convocatoria 2016, Región de Antofagasta.



Colección  
Bergantín Águila N°3

11	Presentación
15	Cuerpo del convite
17	Atmósfera litoral
19	Imagen de un pescador
21	Cercanías de la costa
23	Cadenas tróficas
24	Flores rocosas
27	Camanchacas y Drake
29	Lobo
31	El Hueso Parado
35	Conmemoraciones
37	Espectro marino
37	Documentos camanchacas
41	Dos imágenes del <i>Viaje al desierto de Atacama</i>
43	Monumento de higueras
46	Arponaje
47	El cobijo
50	Perspectivas
51	Camanchacas desde los incas
55	Morro Moreno
56	La albacora y la espada
60	Balsas de los últimos constructores
62	CrudoSeco
66	Huidas y encomiendas
67	La distancia en los puertos
70	A propósito de los changos y la avioneta

72	El alma del erizo
76	Modos de navegar
78	Parentesco de orilla
81	Lenguas del anzuelo
82	Miniaturas
84	Rendición de los matadores
88	Melancolías
90	Bajo los arenales
91	Bajo los arenales 2
93	Camanchacos, camanchangos y changos: Cúneo-Vidal
97	Médano
97	Flotabilidad
99	Piure de Antofagasta
103	Trayectorias del arpón
104	La propiedad de Paposo y lo que comen las cabras
108	San Román y el mar
111	Escombros
112	Acerca del informe de Valdivieso
114	Caleta:lobera
117	Tabaco cimarrón
118	Juegos de pesca
120	Pacífico trenzado
122	Anfibios
127	Bibliografía







## Presentación

Para la realización de esta investigación se han utilizado materiales de distinta naturaleza, cargados de su propia historia, visión de mundo, ideología, imaginería. Todos se refieren en mayor o menor medida al significativo *costas de Atacama*, que es acá una noción disímil, como un objeto de estudio, de mensura, de evocación. Una roca dura, unas remadas en la bahía, separadas o en conjunto –así como otras fuentes que acá se nos escapan– pueden conducir a esta zona, o a otra similar; se trata solo de orillas aproximativas.

La indagación al litoral ha sido dispar, sabemos que hay partes más escritas que otras, algunas apenas transitadas, aunque no hemos dejado de pensar en la caleta como nuestra teoría del asentamiento, en las posibilidades de sus encadenamientos y accidentes. En parte, a esto se debe la difícil delimitación de su extensión, que se desplaza hacia Arica o Perú, Copiapó o Coquimbo, al desierto interior –¿Cuántas costas desérticas podemos explorar? ¿Cuáles son sus dimensiones?

Agradecemos al Fondo Nacional para el Desarrollo Cultural y las Artes, región de Antofagasta, por el financiamiento para la realización de esta investigación. Al Círculo de Artes y Letras de Tocopilla, al Museo de Mejillones, al Museo de Antofagasta y al Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal, instituciones que nos permitieron instalar conversatorios costeros en sus correspondientes ciudades, y que forman parte de los antece-

dentes de esta investigación. Finalmente, las lecturas previas y comentarios críticos de Rodolfo Contreras, Patricio Núñez, Francisco Gallardo, Jairo Sepúlveda y Damir Galaz-Mandakovic nos fueron sumamente valiosas, aunque toda responsabilidad es de los autores.





## Cuerpo del convite

La mayoría de los especialistas ha visto en la cultura costera alguna huella de otra época, subsistencia o perdurabilidad. En este sentido aparece como un indicio. Ante la antigüedad y actualidad del chope o el chinguillo casi todas las miradas intentan traspasar los milenios. Un ejemplo, tal vez el más extremo, es el de los genetistas, quienes para arriesgar una hipótesis acerca del origen de los changos compararon a la población contemporánea de Paposo con las momias chinchorro de Faldas del Morro y la desembocadura del río Camarones, datadas en unos 8000 y 4000 años atrás, y sus resultados fueron los que esperaban, que había una transmisión de patrones de herencia genética, que Paposo era uno de los últimos “reductos” changos, pese a los miles años de distancia entre momias y paposinos, pese a que habían sido dados por extintos hacia fines del siglo XIX.

Una crónica de Rodrigo Ramos en un diario regional recuerda el episodio de la ballena varada en el sector de Los Pinares de Antofagasta, en primavera de 1996. *Testigo del desquiciado carneo de una ballena*, el fotógrafo Arturo Miranda cuenta los hechos. Se pudo salvar, pudieron empujarla al mar con máquinas, pero hacia la madrugada el juego de ensartarle fierros dio lugar a cuchillos, sierras, machetes, y aún vivía cuando comenzaron a descuartizarla. Se dice que esa noche la gente se creía una “jauría”. En la nota se lee: “Las imágenes recorren el país. El mote de

salvaje pena por varios meses a los antofagastinos”, “Aparecía gente de todos lados”, “que la motivación no era el hambre, sino que era la avaricia de quedarse con el trozo más grande”. Algunos importarían la carne a Japón, extraían el aceite con jeringas para convertirlo en un producto de belleza, llenaban baldes con grasa, se dedicaban a quitarle dientes. Participaron niños, ancianos, mujeres, hombres, quizás ninguno había estado tan cerca de una ballena y en tamaña carnicería. Al día siguiente lucía completamente descarnada. La crónica insiste en la fiesta y el triunfo de los destazadores.

No existen muchas descripciones de convites de ballena, menos aún tan recientes. En las costas de Atacama, el conocido pasaje de Antonio Vázquez de Espinosa data de unos 350 años atrás. Una ballena es cazada mientras duerme bajo el sol, agoniza furiosa y muere en la playa. La espera toda una parcialidad y parentela, es un gran banquete de varios días untados en grasa. Aunque ambas escenas ocurren en situaciones evidentemente distintas, dialogan con el imperativo ritual del arte de El Médano, y con su peso icónico contemporáneo, hacen visible algo de las inadvertidas tareas de faenamiento de la ballena: el descuartizamiento, el carneo, la distribución de las partes y de la sangre, el rescate de ciertos huesos, la extracción del aceite y la grasa, y varios otros procesos implicados en su consumo, en el excesivo organismo ballena, ya incorporado, convertido en útil de la comunidad. En Vázquez de Espinosa se lee algo así como

una inmersión en sus intestinos, unos comen desde adentro. La dispersión de cadáveres perfila la playa, el despedazamiento de un gran cuerpo no termina sino hasta su total descomposición; Alonso de Ovalle dice: “Allí mesmo se haze el azeite con la fuerza del Sol, que derrite su fordura, y quando el tiempo ha consumido su carne, quedan sus costillas (...)”. En las peligrosas playas de las comparaciones vemos a la ballena varada-cazada como un acontecimiento de larga data en la zona, que exhibe la muerte del animal acaso más grandioso y venerado.

## **Atmósfera litoral**

A primera vista, desde la caleta todo parece estático y sin tiempo. La mutación de la atmósfera y su transcurso se advierten en la variación de las corrientes y las nubes. El régimen de vientos de mayor intensidad ocurre en verano, época en que la superficie del mar alcanza las temperaturas más altas, cuando predomina el viento suroeste, con muy pocos períodos de calma. La fuerza del soplo se infiltra en la surgencia costera, la atmósfera y el mar se contagian, el aire se transmite a la profundidad; aquella frontera en el horizonte es toda conexión, afectación mutua. En invierno los vientos tienden a reducirse y aumenta la variabilidad de las direcciones, con rachas esporádicas. Algunas noches las ráfagas del interior o terrales irrumpen



y chocan abruptas con el mar mientras despejan los cielos. Las olas crecen en la zona de rompiente y el empuje del viento hacia el océano azota la bahía. Las marejadas, días o semanas sin pesca ni navegación. Sobre el muelle de Antofagasta, se lee en el *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile* de 1881:

“Por regla general la mar se ajita más en los principios de la creciente i al comenzar la menguante de la luna, hasta el punto de impedir en algunas ocasiones la carga i descarga de buques (...) En los meses de mayo, junio i julio las bravezas son más frecuentes, más duraderas i constantes; pero solo duran tres días y nunca más de cuatro”.

Hacia 1894 el ingeniero francés Camille de Cordemoy observó que en Iquique a lo largo del año hubo 64 días calmos, en 142 dominó el viento suroeste, en 90 el viento sur, en 17 el oeste, en 15 el norte, en 10 el noreste, en 10 noroeste y en 7 el este. Según el *Anuario Climatológico* del año 2010, en Morro Moreno los vientos más regulares fueron también los del sur y suroeste, con velocidades que alcanzaron hasta los 18 nudos en septiembre. Estos son los vientos hegemónicos a lo largo de toda la franja desértica, determinan la dirección del oleaje que rompe frente al litoral. La mayor parte de las caletas se emplazan en el flanco norte de puntillas o penínsulas, en bahías abrigadas, protegidas de estos vientos, donde se pueda, al menos, el embarcadero.

## Imagen de un pescador

La breve descripción que hace William Ruschenberger de los pescadores de Atacama ofrece una comparación anatómica, pretende su distinción y medida. En septiembre de 1832 recalca en Cobija a bordo del U.S.S. Falmouth. La balsa de cuero descrita con fascinación por casi todos los que la conocieron, acá aparenta casualidad. El pescador se encontraba inflando los odres; el médico está más preocupado por relevar características de las partes y disposiciones, la expresión racial de los pueblos que encuentra en su viaje por Brasil, Chile, Bolivia y Perú. Sus observaciones serán fundamentales para *Cranea Americana*, obra de su amigo el poligenista Samuel G. Morton, en que aparece un cráneo de Arica exhumado por el mismo Ruschenberger.

“El desembarco se efectúa tirando cuerdas de algas marinas que unen la bahía con la orilla de la costa, a través de un canal estrecho entre rocas negras a baja profundidad hacia una pequeña lagunita donde el bote puede recalar sobre una playa de arena. Tan pronto como bajamos a tierra nuestra atención se dirige a un pescador que estaba rellenando su balsa de aire. Él era un indio pequeño de cuerpo cuadrado, edad avanzada, con largos mechones de pelo negro y gris colgando por debajo de un desgastado sombrero de paja de ala estrecha y copa baja. Vestía una chaqueta corta y unos pantalones aún más pequeños de un color azul envejecido, junto a los restos de un poncho multicolor ceñido a su cintura. Una piel de color cobre oscuro cubría su

cara y cuello, y aunque lejos de la gordura, como son generalmente los bolivianos, podría definirse como musculoso. Tenía la nariz chata y aplanada, al igual que su frente, pero no como la planitud africana; y el ángulo de su rostro era el común a la raza caucásica o europea. Sus ojos eran pequeños, negros y ampliamente separados uno de otro, y aunque sin llegar al estrabismo, sus ejes parecían inclinarse mucho el uno hacia el otro. Añadir pómulos altos y un giro habitual de la figura y puede formarse la idea de un boliviano –al menos tal es el aspecto general de los que yo he conocido. No hay, sin embargo, nada de feroz en ellos; al contrario, tienen una agradable y bien humorada expresión que habla a su favor. Este digno pescador descansaba de rodillas junto a su casi desinflada balsa, con el extremo de un pequeño tubo de intestino en su boca, soplando y ocasionalmente tocando el odre para comprobar el estado del inflado. Al terminar retorció el tubo alrededor de la boquilla que lo unía a la balsa.

La balsa utilizada aquí es similar a aquella de Coquimbo, pero más grande y adornada entre las dos odres por una piel seca de lobo marino. Sobre ellas llevan la carga o los pasajeros perfectamente secos. Para evitar que el agua penetre en los odres los recubren con un pigmento que los deja de un color parecido al cuero recién curtido. Otro pescador dejó su balsa en la orilla y sobre la arena tiró tres grandes peces que había atrapado con un arpón entre las rocas de la puntilla. Nos dijo que era la única forma de capturarlos” (La traducción es nuestra).

## Cercanías de la costa

“¿No era acaso más bien la atracción de una enorme naturaleza liberadora (...) la batalla de la vida ardiente contra el rígido desierto que los ataba a su imperio como el mar tormentoso al navegante?”.

Luis Darapsky dice introducirse en el desierto como los exploradores del oeste norteamericano, por la vía del compromiso total, más cautivado por el enigma que por la fortuna. En 1888 ingresa al directorio de la Gran Compañía Minera Arturo Prat, mineral argentífero de Cachinal de la Sierra. Tras casi diez años publica *El Departamento de Taltal*, una investigación concentrada en las pampas y la puna, en los planos inclinados y la dirección de las curvas del relieve. Según Darapsky, el nativo sabía dónde estaba el metal, pero no lo extraía, y es solo con los descubrimientos que el desierto deja de ser la “barrera asesina” para ofrecerse “sonriente y sin tapujos”.

Atacama es un macizo montañoso que en sus tramos de vértigo cae al pie de la marea, como en las proximidades del trópico de Capricornio, un empinado barranco por el que bajan “brumas agolpadas en nubes, nadan en la profundidad cual isla sobre las tranquilas aguas del mar”. Desde la orilla apenas se advierte una muralla que no ofrece puertos con facilidad, a excepción de la notoria desembocadura del río Loa hacia el norte. Pero incluso en la costa, los arroyuelos que se abren paso entre los desmembramientos se muestran confusos, verdaderos “hilos de

Ariadna” por los que van los changos con sus tropillas, siguiendo los surcos hacia la neblina. A Darapsky, al parecer, le compli- can mucho más estos rodeos costeros, con sus largas quebradas y bahías perdidas, que los “contornos borrosos” del desierto.

En este linde la mirada de los navegantes ha sabido del ries- go de entrada a resguardo, de las posibilidades y maniobras en el fondeadero frente a las cortinas de camanchaca. La breve relación de Francisco Rondizzoni parece advertirlo –a víspe- ras de la guerra. En 1876 la Comisión Exploradora del Litoral Norte de Atacama tenía por objetivo elegir la mejor bahía entre el límite con Bolivia y caleta El Cobre, en un plan de fomento industrial que conectaría el interior con la costa. La misión llega hasta caleta Remiendos, la que prefieren por consejo de respetados y conocedores de la zona. Según Rondizzoni, la navegación se realizó lo más cerca de la costa, observando, evidentemente, las pistas de atraque desde la embarcación: el hito fronterizo se advierte por los cerros que se dividen y forman “una quebrada pendiente i tortuosa”; caleta Agua Dulce se reconoce por estar “rodeada de cerros altos i escarpados” de hasta tres mil pies sobre el nivel del mar; caleta Agua Salada se caracteriza por “una gran mancha amarillenta que cubre una parte de los cerros”; y Re- miendos por su “quebrada espaciosa”. Los testigos morfológicos para entrar al desierto se avistan a distancia del farellón. La nie- bla obliga a Darapsky a andar a tientas. Se queda en el desierto, evita los desfiladeros.

## Cadenas tróficas

Vázquez de Espinosa describe la naturaleza de la costa de Arica a partir de una exitosa abundancia episódica, el movimiento de la cadena de alimentación marina hacia las orillas del puerto. Señala que durante los meses de febrero y marzo enormes cardúmenes de peces aparecen en la costa, entre ellos “anchovetas, pejerreies, tomollos, mojarras, y otras muchas diferencias de pescados”, que huyen de otros de mayor tamaño como “vallenatos”, “espadartes, lobos marinos”, acompañados por una multitud de “gaviotas, rabos de junco, guaraguaos, alcatraces, y otros que cubren la región del aire”. Este movimiento de especies, unas tras otras, no se termina ahí, sino hasta la aparición de los pobres, pues todo este acontecimiento y exceso de especies es una “mina misteriosa” que los socorre del hambre. Sobre la costa de Atacama y su pesca enlista las especies que extraen los balseros, entre ellos “congrío, tollos, lisas, dorados, armados, vagres, jureles, atunes, pulpos, y otros muchos generos de pescados”. Dada la abundancia, la recurrente varazón de febrero, el carmelita enumera las especies a la manera de un enlace de subsistencias. No es solo la exigencia del relato de dar cuenta de una naturaleza conocida o de un fenómeno mínimamente analizado y verosímil. Vázquez de Espinosa escribe el flujo de energía, los eslabones nutricios de las especies: el carácter acumulativo de los peces, unos dentro de otros, anteriores y posteriores a la deglución, en que el lugar de procedencia determina quien

come a quien en el juego de las depredaciones, desplegados en una adición animal, en cuyos bordes aparecen los pobres –en el borde del exceso– y los pescadores –en el borde cinético. La sucesión de especies asentaría la riqueza de la costa del desierto como la zona ideal para recolectar.

## Flores rocosas

La noción de afloramiento rocoso puede dar cuenta del movimiento a la superficie de una potencia más allá de sus definiciones geomorfológicas. La roca desnuda, carente de suelo y toda visible, muestra en su exposición su mejor cualidad, brotar como la flor. El desierto se vuelve una extensión de elementos nativos: la Edad de Piedra, vistosa expresión de tales floraciones. Los primeros investigadores de los orígenes humanos creyeron ver aquí los instrumentos que las culturas paleolíticas habían manufacturado en Europa, contemporáneas con los primeros períodos diluvianos. Tales artefactos análogos fueron rotulados como cheleanos, acheleanos, auriñaceanos o magdalenianos, nombres de las localidades francesas en las que eran encontrados. Con los años, disipadas las dudas acerca del tardío poblamiento de América y por consiguiente que las piezas taltaloides no pudieron ser hechas por las manos de un cazador anterior al *Homo sapiens*, la costa se conservó envuelta en un halo de primitivismo, en una infancia fósil y atávica, una estancia indolente

al desarrollo de las vecinas culturas andinas. Entonces, la piedra en flor, el elemento nativo, hoy hace pensar en el tránsito, digamos indescifrable, por la larga Edad de Piedra, sin analogías tecnológicas ni esquemas clasificatorios proyectivos. ¿Se trata de una cuestión de tiempo y edades? ¿Podría volverse a la Edad de Piedra o ya se vive en su inmadurez? La materia prima habitada, su pesadez, es tallada sobre el afloramiento como si en cada desbaste se viera un lanzamiento o un azote. Color, translucidez, textura, ritmo y derivación de lascas y más lascas de sílices, cuarzos, calcedonias emergiendo de las resistencias de las propias rocas, las canteras se agitan como las surgencias propicias o los cotos más altos del avistadero. Allí el gesto del tallador es incorregible e incansable, la fuerza es contenida en las facetas. ¿Cuándo acabó la Edad de Piedra? ¿La piedra será siempre anterior? Como proyectil lleva inscrita en su dureza una dirección energética, un punzante filo de perforación, la emergencia de renovados disparos. Impactos de nuevas destrezas que machacan-trozan-raspan-entierran-afloran en el choque de dos caras, nacen a partir de sus percusiones, allí la piedra es brote en exposición y pertenencia.





Detalle del mapa de las costas de Atacama de Oliver Van Noort, a mediados de 1600. Obra del grabador holandés Baptista Van Deutecum, 1602.

## Camanchacas y Drake

Pedro Sarmiento de Gamboa acerca de los asedios de Francis Drake en las costas de Chile y Perú entre 1578 y 1579. Bente Bittmann había entregado noticias de esta relación sin saber que se trataba del autor de la *Historia Índica*, el nigromante y cosmógrafo. Lo informan Juan Griego, navegante prisionero de Drake, y otros tres marineros: el corsario fue atacado por los indios de Isla Mocha, robó y asoló Valparaíso, tuvo escaramuzas en Coquimbo. Sobre lo que sucedió al norte, reporta:

“Desde aquí salió con los dos navíos, llevando la lancha delante á la vela, en demanda del puerto de Copiapó, y estando so-tavento dél lo desconocieron y pasaron adelante, sin tomar agua ni otra cosa, y como once leguas adelante tomaron tierra en una isleta, donde hallaron cuatro indios camanchacas, los cuales llevaron al navío y les dieron de comer y otras cosas, porque los encaminasen donde había agua, y otro día saltaron en tierra por tomarla y no pudieron. De allí fueron al morro de Jorge, donde estuvieron dos días ensebando la lancha y batel, y aquí vino un indio camanchaca en una balsa y les trajo pescado, y por ello le dieron cuchillos y otras cosas, y el mesmo Draque fue á tierra, y dos ó tres leguas más adelante tomo cantidad de pescado”.

Otros detalles continúan la relación. Un inglés, el más “ladino”, subió a una de las balsas; el indio que les había dado el pescado se convirtió en guía hasta Compisi o Paquiza, –a quince

leguas de Morro Moreno–; encuentran otro guía en las cercanías de Pisagua. Sarmiento de Gamboa advierte que la información es fragmentaria y confusa. Mientras los perseguidores se encontraban en el puerto de Santa, el 17 de julio de 1579, llega un pliego de la Real Audiencia de Panamá con nuevas informaciones sobre las restantes naves de Drake:

“Tuvimos noticia que tres naos de los ingleses luteranos se habían visto en la costa de Chile y que habían llegado á Loa, á donde prendieron á los indios que allí estaban; y esta nueva supo el señor Virey del Corregidor de Arica, sin otra relación más que aquesta (...)”.

Según sus editores, Sarmiento de Gamboa escribió su relación al menos antes del 11 de octubre de ese año, cuando zarpa al Estrecho de Magallanes. La alerta de la monarquía española y las nuevas posibilidades en la distribución del poderío transoceánico contribuyeron a las variadas y discordantes versiones de la derrota de Drake, de las que ésta debe ser una de las más tempranas, conocida sobre todo por señalar que el corsario hacía ostentación de una carta del Mar del Sur conseguida en Lisboa, que implicó una serie de controversias diplomáticas para dar con el fabricante del mapa. De acuerdo con Harry Kelsey, el veto a la publicación oficial de la circunnavegación de Drake se levantó recién en 1588, texto que fue altamente editado y preparado para su divulgación, y que incluso habría sido enriquecido con fuentes y testimonios posteriores –¿Sarmiento de Gamboa?

Pese a las distancias, entre ambas relaciones existe una importante coincidencia. Con la pretensión de conseguir agua, Drake y sus hombres se acercan a la costa y se encuentran con “cuatro indios camanchacas”/“4 Indians with their canowes”. No parece raro que los escribas de Drake los mencionen solo como indios, mientras que Sarmiento de Gamboa y sus informantes, que sí conocían estas costas, los llamen camanchacas. El cosmógrafo los nombra sin aclaraciones, como si se supiera de quienes se habla. Como elementos de la relación, o fuentes, los camanchacas aparecen en Sarmiento de Gamboa, acaso por primera vez, tras la pesquisa, como pistas del testimonio sobre las piraterías.

## Lobo

En Sudamérica no hay lobos propiamente tales, los cánidos del norte, solo lobos marinos. Se trata de animales negruzcos de piel brillante y de aspecto aceitoso, con aletas al pecho, extremidades traseras que parecen una cola bífida, de hocicos cortos, finos bigotes y orejas pegadas a la cabeza. Prefieren el mar, aunque regularmente se arrastran sobre las playas y se encaraman en los riscos para descansar al sol, acicalarse, pelearse y aparearse. Viven en comunidad en las loberas, pero cazan solitarios. Se alimentan sobre todo de peces y crustáceos, mientras que algu-

nos más cómodos prefieren carroñar en las caletas los rastros dejados por los pescadores, lo que ha motivado cierta cercanía y dependencia –como el lobo amaestrado–, de seguro muy antigua. Machos, hembras y cachorros son muy distintos entre sí. Es un marcado dimorfismo que se observa en machos de hasta 300 kilos y 2,3 metros de longitud, de cuellos gruesos y melenas largas de tonos marrones y amarillentos. Las hembras, más gráciles, no superan los 150 kilos y 1,8 metros de longitud, modelan finos pelajes claros. Las crías o popitos nacen completamente negras y viven apegadas a sus madres los seis primeros meses. En las colonias los machos adultos resguardan con celo a sus hembras; mientras más grandes, fuertes y feroces, más hembras les acompañan. Desde las loberas se escuchan los aullidos, las luchas territoriales de los machos, quedan las notables heridas de batalla. Evidentemente, este mamífero carnívoro del orden de los pinnípedos (*Otaria flavescens*) no tiene parentesco alguno con los lobos terrestres salvajes (*Canis lupus*). Podría decirse que el único rasgo que los acerca es la capacidad de aullar, la de emitir estruendosos sonidos que remarcan su presencia. Esta es la relación que los primeros navegantes advirtieron para crear la analogía que los definió. *Lobos marinos* para los primeros españoles como Gerónimo de Bibar; *chien de mer* para los franceses Amadeo Frezier, Louis Feuillée, Vincent Bauver y Jacques Moerenhout –*loups marins* para Jullien Mellet; a diferencia de *seals* para los anglosajones Drake o William Bollaert, guiados por sus

experiencias en los mares del norte –*seolh, selkhaz*. La oscuridad inunda la noche litoral, la amplificación marina domina ante la postergación de la vista y la bahía se vuelve un resonador. Entre el oleaje destaca el canto de algunas de las miles de aves. Armonía interrumpida por los fuertes bramidos extendidos desde la colonia hasta las zonas de pesca. Según Bollaert en la década de 1820 los pescadores se comunicaban con los lobos, tal vez en una lengua franca, los cazaban imitando sus chillidos.

## El Hueso Parado

Acerca del Hueso Parado, en 1881 Francisco Vidal Gormaz escribe:

“Desde tiempo inmemorial se halla hincada una gran costilla o mandíbula de ballena rodeada por un semicírculo de grandes piedras, de donde deriva su nombre la comarca. El origen de tal monumento no lo registran las crónicas”.

Sin duda se trata del hito más importante inmediatamente al norte de Taltal –la primera ballena muerta, la fundación–, antes reconocido por Bollaert y Rodolfo Philippi, mencionado también en los diccionarios geográficos de la época, como los de Francisco Asta-Buruaga, Enrique Espinoza o Luis Riso Patrón. Philippi lo reconoce como un cerro alto y negro al que se baja por una angosta quebrada, y señala no haber podido averiguar

el origen y significación del monumento –las observaciones del naturalista son la fuente de Vidal Gormaz. Más tarde, Augusto Capdeville recoge el relato de Ignacio Almendares, oriundo de Obispito, que menciona que la bahía a tres cuadras al norte del matadero se llamaba *Inckuck* y que la caleta del Muelle de Piedra se denominaba *Inckuchito*. La instalación utilizaba un voluminoso hueso de mamífero marino dispuesto vertical sobre una loma, por lo que era divisado desde distintos puntos de la planicie, como un refuerzo geográfico, y de acuerdo con las fechas de las descripciones estuvo unos cincuenta años en el mismo sitio, tal vez más. Varias de las observaciones de los primeros exploradores de esta franja coinciden en las grandes dispersiones de huesos, testimonios de cazas, varazones o de las mismas habitaciones changas ya destruidas; Philippi incluso halló “la mitad posterior de un esqueleto entero”. Otro registro se observa en una de las fotografías del alemán Hans Ueberrhein, tomada hacia 1920, durante una expedición de empleados salitreros al mineral de Guanaco. Para Rodolfo Contreras, quien rescató y publicó parte del archivo de Ueberrhein, la imagen fue tomada en Punta del Hueso –o llanura del Hueso– antes que se internaran en el desierto, en dirección a la mina Abundancia. Los vemos posando entre algunas vértebras, bajo dos maxilares estacados, aparentemente entre partes de un cráneo, emocionados y concentrados con el hallazgo. De acuerdo con Francisco Cornely, el próximo Hueso Parado lo encontramos al sur de

Caldera, en Bahía Salada, Punta Dalles, y hacia el norte, en una de las playas de la desembocadura del río Loa, Jean-Christian Spahni reporta una instalación similar. Por acá se esparcen las ballenas, proliferan sus osamentas desenterradas, materiales para el monumentalismo.





Aullido de lobo marino.

## Conmemoraciones

Patricio Núñez es uno de los primeros nuevos observadores de las piedras con rayas incisas de Punta Negra, en Paposo, antes referidas por Capdeville y Max Uhle como piedras inscritas o afiladores, aunque escasamente consideradas. Núñez ha visto entre los afloramientos unos cuarenta paneles glifos como elementos de un centro ceremonial, emanación de la vida estética arcaica. Sería más que un arte visual, un arte táctil, la palpación de las rayas, sus direcciones y repeticiones en un pequeño espacio circunscrito; la tensión interna de las líneas, la intencionalidad de cada una y del conjunto. Como Whilem Worringer, Núñez relaciona el afán de abstracción con los sentimientos vitales, una disposición frente al cosmos que se expresaría en un arte religioso, producción de la inquietud trascendental, agorafobia espiritual, exceso de zozobra y ansiedad, desasosiego ante una realidad que por momentos se muestra incomprensible. Es una zona pánica, estado anímico de desconcierto y angustia proyectada en un horror vacui, que según Max Raphael es menos un atributo metafísico del hombre antiguo que producto de su experiencia más catastrófica. Entonces el arte y el hechizo conjuran en tanto alcanzan su fortaleza y reiteración, se alejan del vacío cuando el petroglifo se vuelve conocimiento. Es por esto que para Núñez Punta Negra es la abstracción de la angustia marina suscitada, probablemente rachas de mala pesca o

estacionalidades adversas. La promesa de la caza mágica se encontraría en el trazo rítmico de la roca, en la linealidad de la incisión. Las estrías de los movimientos verticales y las tensiones diagonales amplifican su huella. Entonces es posible que el vigor advertido por Núñez sea expresión de aquel miedo que, como las líneas, se exalta agresivo y se aplaca luego de la evocación en los escollos de batolitos. Es el instinto en medio de la confusión del mundo quien se encuentra detrás de estos glifos, tras la desconfianza de sus navegantes ante aquella “fría línea inmóvil del horizonte en el mar”. El afán de abstracción que señalara Worringer, su exigencia perceptiva y deslinde interior, deriva en su relación con aquella angustia primitiva, del vértigo ante la vastedad de un mundo insondable y caótico. Se intenta extraer el objeto del mundo exterior, eternizarlo, ya sin mutaciones ni zonas desconocidas. Quedan los murales para dialogar con lo tétrico en la proliferación y profundidad de los trazos, como en lo oblicuo de las líneas estructurantes de uno de los paneles, o en sus ángulos agudos, más violentos, de los que a veces nacen triángulos volcánicos. El trance agrieta las rocas en la dirección en que irradian ya saturadas desde la huaca de Punta Negra. El espacio entonces conmemora entre extrañas potencias la sujeción del terror y el agobio de acontecimientos inesperados. ¿Se trataría de un arte suscitado al detenerse la navegación, durante una pausa del movimiento de la comunidad costera, en días en que es eclipsada y se ahoga en pesadillas –noches de aluvi3n, noches de marejada, noches telúricas?

## Espectro marino

Desde tierra la mar es reflejo y el horizonte es una frontera a veces poco clara y tenue. Su cualidad especular crece con las longitudes de ondas largas que absorbe y queda un manto de luz azul o verde. A medida que el ángulo de observación es más agudo la oscura barrera se agranda y en ocasiones, desde lo alto, en un intento de perpendicularidad, algo de la transparencia de las aguas se deja ver, el fondo se muestra como contorno y silueta. A la vista del pájaro, vemos el desafío de otros animales: ballenas, delfines, marsopas y cabinzas quiebran el espejo con espectaculares saltos o voces. Es el momento expresivo sobre las aguas. Desde tierra es el avistamiento, una parte del reconocimiento de sus comunicaciones, de su cuerpo general. La otra vista es desde adentro, sumergido, donde se definen las conductas del espectro y se reconoce quién come a quién, la sutileza del hábitat o la forma de los suelos. Parte de la develación honda del cazador asoma en un pez desconocido que se exhibe en la orilla, que lleva en su estómago a otro casi intacto; el resto se acerca cuando el pez ya está muerto.

## Documentos camanchacas

En 1984 Bittmann publica otra referencia fragmentaria sobre los camanchacas. Se trata de la *Relación muy particular dada*

*al capitán Francisco de Cáceres por un indio que se llamaba Chepo...*, que es más bien un interrogatorio a muerte. El indio Chepo, supuesto oriundo de las Islas Salomón, le narra a Cáceres las travesías de sus viajes hasta esas islas desde Ilo y Arica, a las que tardaría unos dos meses. Entre estas menciona a Acabana, cuyo señor era más grande que Guanacava [Huayna Cápac], y que no sabía si era isla o tierra firme. Responde que hay “guanacos y venados”, que visten de “algodón y lana”, que llevan en la cabeza “unos llantos como los indios chichas”, que Acabana, su señor, porta “un chuco como de collas, y al derredor lleno de oro, y unas plumas encima” y viste “de lana y algodón muy galán”, que iba “en unas andas, que todo el cerco dellas y todo lo alto para guarda del sol era de oro”. Dice no mentir cuando comenta que todos los señores llevan oro, que en la huaca que adoran hay una “persona hecha de oro” a la que le ofrecían más oro y piedras preciosas y ropas muy delicadas. Finalmente responde “que sabía que entendían la lengua de D. Sebastian Camanchac” y que “las balsas que tenían eran de palo”.

Bittmann publica fragmentos de este documento sin conocer su fecha, aunque estima que es del siglo XVI, que Sebastian Camanchac debió ser una persona de cierto rango y que podría considerarse Camanchac como una “clasificación lingüística”. Bittmann llegó al documento por vía del Conde de Bridgewater, Francis Henry Egerton, quien en 1829 había donado al Museo Británico una importante cantidad de dinero y manuscritos, que inauguran el fondo que lleva su nombre. En 1859, tras un

remate, se hace de una copia de la colección de documentos sobre los viajes españoles a América hecha por Martín Fernández Navarrete. Nosotros llegamos por vía de la copia que hiciera el mismo Fernández en 1794 de una serie de documentos titulados *Papeles tocantes á las isla de Poniente de los años 1570 á 1588* que en parte se encuentran en la sección de Expediciones del Pacífico de la Biblioteca Virtual del Ministerio de Defensa de España.

Si se considera que Francisco de Cáceres deja Perú en 1569 para sumarse a la expedición de la conquista de Venezuela de Diego Hernández de Serpa, es probable que el documento sea aún más temprano. Si se tiene en cuenta que el viaje del descubrimiento del archipiélago de las Islas Salomón de Álvaro Mendaña y Sarmiento de Gamboa fue en los años 1567 y 1568, y que del año siguiente es la relación de la travesía –la primera escrita por el cosmógrafo–, es posible que en esa época ya circularan noticias sobre la distancia y características de tales islas, por lo que las vagas preguntas que hace Cáceres a Chepo parecerían anteriores a esta expedición.

Más extraordinario es el documento siguiente, titulado *Otra noticia*, también anónimo y copiado por Fernández, en que se menciona una gran isla llena de oro a la que también se va desde Arica, descubierta accidentalmente por Juan Montañés –arrastrado por las corrientes, se baja a reconocerla, se regocija en esmeraldas, viaja a España a solicitar su merced pero muere sin lograr su hazaña–, en la que los indios “andan vestidos de unas redes, y son grandes marineros”.



Incisiones verticales y diagonales forman ángulos. Instalación precolombina en Punta Negra, Paposo. Véase *Vivir después de soñar* de Patricio Núñez.

## Dos imágenes del *Viaje al desierto de Atacama*

En *Viaje al desierto de Atacama* Philippi dedica dos ilustraciones a los changos. Una en Paposo y otra más al norte, en caleta El Cobre. Detengámonos en la primera. De acuerdo al relato de su estadía, el espacio retratado es el llano bajo donde habían al menos unas veinte casas de indios. A cinco leguas, unos veinticinco kilómetros, se encuentra la Estancia Vieja de Paposo, que aparece al fondo del grabado, aunque bastante cerca de los changos. Philippi menciona que en estos pueblos, desde Huasco hasta Bolivia, mujeres y hombres se pasaban buena parte del año separados, ellas dedicadas a apacentar cabras, moviéndose para encontrar agua y pasto, mientras los hombres se iban a pescar o a trabajar en las minas; tal vez exagere. La imagen intenta corresponderse con el texto. En Paposo solo vemos a dos pastoras que sacan agua de un pozo, sus cabras también beben un poco. Como en un juego de pares, el dibujante nos ofrece a dos pastoras, dos ollas y dos chozas. Con miradas opuestas, una vigila a las cabras y otra, concentrada o perdida, mira la mar. Comienza el verano, las pastoras podrían estar solas, los hombres, difícil verles, están en las caletas, en la caza estival. Pero si nos quedamos en la segunda choza, vemos dos siluetas que charlan, comen, descansan. Si, como se supone, los hombres no están, los que se encuentran en la tienda podrían ser Guillermo Döll, Diego de Almeida o el ayudante de la expedición, tomando leche de cabra. No muy lejos veremos realmente a los



hombres. A quince leguas, en caleta El Cobre, dos reman sobre una balsa. Philippi no nos muestra la casa de tablas y guayaquiles de José Antonio Moreno, menos aún a los sesenta mineros que empleaba. La imagen es proyectada desde la mina o entre los peñascos, por lo que se ve mucho más la bahía despejada, con dos embarcaciones a vela y dos changos sobre una balsa, muy cerca de la orilla. Como extremando las dualidades y la distancia que separaría a mujeres de hombres, Philippi reserva la lámina masculina para hablar de la minería, de una ensenada explotada desde antes que los españoles, y la femenina para referirse a los ranchos y a las cabras. Los pescadores dejan de pescar, los atacameños quedan desabastecidos, al mismo tiempo que el congrio baja de precio tras la introducción del bacalao. Es lo que hizo el tío de su arriero, que empezó a recoger agua de Botija y a llevarla en burros hasta la playa, donde la cargaba la balandra que abastecía a El Cobre. Sin embargo, hay un aspecto que funciona de la misma manera en ambas imágenes, la operación de un contraste favorecido por el ineludible encuadre de la línea del horizonte y las quebradas que caen al mar, cuya amplitud se presta como espacio para los sucesos pictóricos. Esto quiere decir que donde existen chozas también hay una casa de estancia, su reverso y realización civilizatoria. Lo mismo sucede en caleta El Cobre, donde navegan detalladas las balsas y más atrás lo hacen las velas. Pese al carácter despoblado de Paposo o El Cobre, pescadores y pastoras nunca están solos, tienen una cercana imagen en negativo que desde sus propias presencias y

perspectivas los penetran y diluyen. Ambos elementos de fondo, estancia y embarcación, hacen olvidar la aparente monotonía y acompañan la caída de la cordillera, como yendo hacia Coloso o Morro Moreno. La oposición aparece como inscripción de la extinción.

## Monumento de higueras

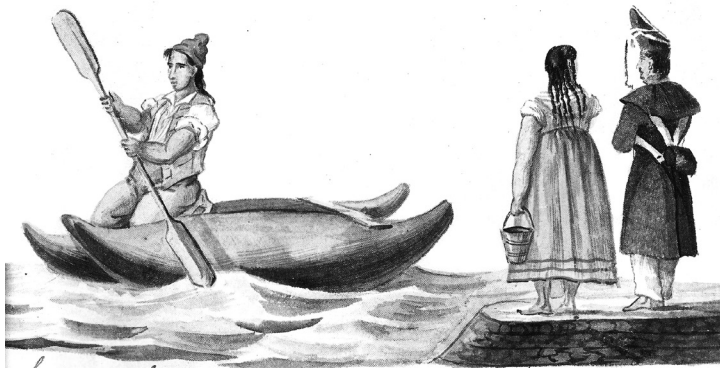
En medio de la única calle de Cobija se elevaron unas higueras y palmeras, probablemente plantadas por los mineros ambulantes, mencionadas al menos desde que Frezier pasara por allí, en 1713, hasta avanzado el siglo XIX. En la costa del desierto estas dos especies lejanas se convirtieron en el material del contraste –de lo prestado, cuando los árboles aún son lo suficientemente nuevos para saber quién los plantó–, la representación de la ausencia –materialización de recuerdos, vidas abandonadas–, la resistencia al terreno. Palmeras e higueras domesticadas e inauguran. Al entrar al pueblo, Ruschenberger se detiene en la corteza envejecida del árbol, en las inscripciones talladas: “U.S.S. Vincennes, 1828”, “P. White, N. Carolina, 1832”, otras de 1809, como escrituras de hazañas o sobrevivencias. En las relaciones de Bollaert y Philippi también aparecen constantes menciones de higueras y perales, especies que, es de suponer, ya se habían distribuido el siglo anterior por lomas y quebradas, en un lento crecimiento desértico: Paposos, esen-

cialmente endémico, también fue importante en la trayectoria costera de esta nueva vegetación y nueva fauna –crecimiento que en las zonas favorables fue bastante significativo; solo en el diccionario de Riso Patrón, de 1924, se registran más de treinta localidades, entre aguadas, quebradas, cerros, fundos, baños, caletas llamadas Higuera, Higuera, Higuera, Higuera, Higuera.

En abril de 1830, dos años antes de Ruschenberger, d'Orbigny recorrió Cobija. En su largo viaje conoció bastante para considerar a este puerto boliviano muy poco atractivo. La carencia de vegetación es siempre el eje de las comparaciones:

“Si el perfume de las flores y el aspecto grandioso de la vegetación del Brasil exaltó mi espíritu a mi llegada a Río de Janeiro, estuve muy lejos de experimentar las mismas emociones al recorrer con los ojos la campaña de Cobija”.

Entonces, la sequedad es simple tristeza, duelo, nada puede haber en ella parecido a descubrimientos. En tales lomas a d'Orbigny no le quedan más opciones que describir de entre la desnudez de los cerros los pocos “árboles del país”: tres palmeras, dos higuera, un sauce y una especie de acacia. Uno al lado del otro concentrados junto a la pequeña fuente de agua de la comarca. No sabemos cuánta felicidad, siguiendo los parámetros del naturalista –“¡tanto es cierto que la naturaleza sin vegetación está desprovista de todos sus encantos!”–, podría ofrecer la arboleda de Cobija a sus pobladores.



*Habitant d'Arica pagoyant dans son Canot  
fait de deux peaux de loup marin inflées et liées  
ensemble*

Bajo la pintura, se lee en francés antiguo: "Habitante de Arica remando en su canoa hecha de dos cueros de lobo marino inflados y unidos entre sí". Obra anónima, Museo Histórico Nacional de Santiago, Siglo XIX.

## Arponaje

La caza con arpón en alta mar es de superficie y proyección. A diferencia del anzuelo que descansa en la profundidad hundido por su lastre, dotado de una carnada cautivante, el arpón, de antigua técnica, depende de la virtud del lanzamiento. Su temporada es desde diciembre a abril o mayo, tal vez antes más al norte, cuando albacoras, marlines, atunes, tiburones y ballenas se acercan a la costa tras los bancos de peces y crustáceos. La lancha espera estos meses de depredadora migración. Las albacoras no se encuentran en todas las aguas, las suyas tienen un color y una temperatura especial, es un aguaje albacorero, una busca al filo. Contreras ofrece una aproximación:

“El ‘agua empañá’ y el ‘recalmón’ anuncian la presencia de la albacora escurridiza, rayando a la distancia el capacho sobre las olas. Se prepara el arponero ancestral en el tangón, cazador pretérito que en un certero movimiento lanza el arpón al cielo surcando el aire en un zumbido siniestro. Cae la presa ensangrentada, iniciando su loca huida hacia la profundidad oscura del océano. El cazador comienza a trabajar la presa, dale reinal, recoge reinal en una batalla intensa entre el hombre y la presa, que se repite en el espacio y se pierde en los confines del tiempo (Notas; cuaderno de campo)”.

Es el último refugio de cazadores de las costas. El lanceador proyecta su tiro mientras lee el movimiento de la albacora, hace señas al capitán, dirige el motor, dispara de frente sobre

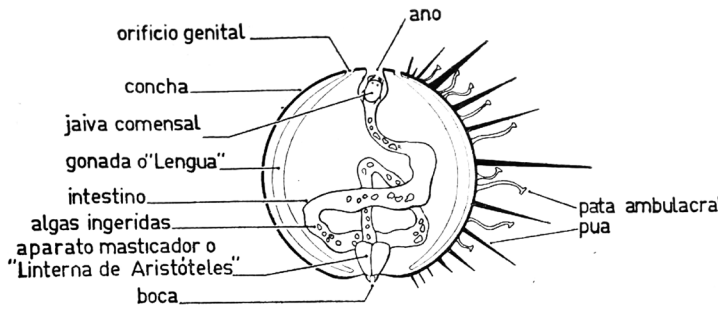
el lomo o la cabeza. Como mascarones de proa, los lanceadores van dominando el espacio de vigilancia, al palo, sin señuelo. La albacora herida se resiste mientras la sangre traza su escapada. Entre la dirección de la lancha y el aleteo del pez, en esos segundos de encuentro, todo ocurre en el tangón. Espacio restringido del mundo de las embarcaciones, pequeño coto, a veces familiar, de caza al interior de la división del trabajo. La relación entre el cazador y la albacora es conocida, como la fama de su carne, del aceite de su cabeza o de sus espadas. El tangón es una plataforma para la contigüidad, un mirador inestable para el enfrentamiento en las artes de pesca.

## El cobijo

Cientos de afloramientos ascienden por la planicie y la morfología ameboide de granodioritas o rocas volcánico-sedimentarias rompe la rectitud. Los afloramientos quiebran también las coloraciones, imponen el gris y el negro sobre los tonos de los arenales. Se levantan e imponen, sobre todo los altos torreones de roca esculpidos de formas cónicas, llenos de orificios y conectividades. Se convirtieron en cuevas, abrigos, reparos o escondrijos, espacios iluminados hace más de diez mil años. A inicios de esta trayectoria, algunas cavidades se hicieron supraterréneas, refugios para la muerte. Bollaert sostuvo constantes encuentros con los pescadores de la antigua caleta de Ique Ique,

sobre los que comenta que durante sus viajes en balsa a la siga de congrios o lobos marinos se quedaban ocultos en los reparos de las rocas, donde secaban la pesca de las jornadas. Más tarde, en 1958 Ingeborg Lindberg aún los encuentra entre las rocas del río Camarones, Paposo y Taltal.

Pájaros y lobos marinos no se alejan de sus afloramientos, una lapa habita una grieta soleada, un bivalvo se adhiere y muchos forman un cinturón de población en el intermareal, otro bivalvo perfora con su ácido una roca para vivir, busca algo más que adherencia. Es el espacio en la roca una residencia, la cavidad que nunca es inerte.



Lenguas, ano, púas, boca y alma. Corte que muestra el interior del erizo de mar. Luis Bückle, 1973.



## Perspectivas

Dado el relieve costero, en tierra y desde la caleta apenas se puede ver qué sucede más allá de la puntilla que cierra la bahía. Los cordones que desembocan en el mar en forma de península y el enorme acantilado impiden la vista, toda bahía se aparta, tan a resguardo de los vientos como de otros emplazamientos. Caletas continuas, ocupación de la costa cuyo reconocimiento pedestre es siempre una secuencia, disposiciones morfológicas que buscan el aislamiento. La perspectiva más abierta se halla mar adentro, en el frente. Se puede ver la franja costera dispuesta a los pies de la cordillera, varias caletas al mismo tiempo, advertir sus vecindades. La distancia respecto de la orilla determinará el campo visual del observador. Es posible tener en un mismo plano El Cobre, Blanco Encalada, Botija y La Colorada, casi cincuenta kilómetros de costa. Desde otro punto del océano se puede divisar Punta Angamos, en la península de Mejillones, Punta Rieles, Hornitos, Gualaguala, Michilla y a lo lejos la península de Guasilla que esconde a Cobija por el norte. Los cazadores de albacora en sus partidas mar adentro pueden ver Chañaral y Taltal desde la embarcación. En tierra, la perspectiva marina nos parece lejana. Tras sus variaciones históricas, lo que se ha dado en llamar “conquista del mar” continúa en su especificidad.

## Camanchacas desde los incas

Tras apoyar a Huascar durante la guerra civil de los incas, los descendientes de Topa Inca Yupangui fueron perseguidos y asesinados por Atahualpa. Los sobrevivientes, en su mayoría niños, solicitaron en 1569 ante el teniente de corregidor, el Licenciado Juan Ayllón, que se les considerase parte del linaje real. En la *Probanza de los indios nietos de conquistadores*, publicada por John Rowe, se detallan justamente estas conquistas. Acerca del Condesuyu, la *Memoria de las provincias* señala:

“y luego de miedo toda la prouinçia de condesuyo le salio de paz a obedecer y alli algunos dellos se hicieron ffuertes en una fortaleza que llaman omaguasgua y alli asolaron a toda aquella prouinçia.

y passaron adelante y llegaron hasta camana y camanchaca y chilpaca y pomatambos y se boluieron a esta ciudad del cuzco”.

Más tarde, Joan de Santa Cruz Pachacuti insiste en la mención a los camanchacas –referencia que para María Ros-tworoski alude a los yungas del Colesuyu, de Camaná a Tarapacá, compuesta por campesinos o *coles* y de pescadores o *camanchacas*– toda gente de pequeños y antiguos curacazgos. En tiempos en que Inca Pachacuti Yupanqui toma el control de la región del Collao baja a la costa a visitar los enclaves serranos establecidos en el litoral. De acuerdo con la breve descripción de Santa Cruz Pachacuti, el conquistador recorre Collao:

“y de allí baja por Ariquipay, passa a Chacha y Atunconde y a los Chumpivillcas, y de allí a Parinacocha y de allí a Camana, y le da buelta a su ciudad por los Aymaraes y Chillques y Papres; y entra al Cuzco y haze fiesta, y entonces dizen que metio al Cuzco mucha suma de plata y oro y un vallena”.

Es a propósito de las conquistas de Pachacuti Yupanqui al sur del Cuzco, probablemente entre 1460 y 1490, que se menciona a *camanchaca* como lugar y como población. Sea histórico o legendario este relato, el cuadro de la ballena entrando al centro del imperio supone otra serie de imágenes reales e imaginarias acerca de esta travesía. Tal vez una captura ritual de los camanchacas de Camaná, el largo camino hacia las alturas de la ciudad imperial, el ejército llevando en andas al señor y su ballena, su desproporción entre los cuzqueños que no se han acercado al mar, los encargados de trozarla y cocinarla, el solemne festín por las nuevas tierras. Bebidas, comidas, cantares, bailes.

Bástenos aquí otra observación mestiza. Inca Garcilaso de la Vega sobre el tiempo de las gentilidades costeras:

“Es de saber que generalmente los indios de aquella costa, en casi quinientas leguas desde Trujillo hasta Tarapaca, que es lo último del Perú, norte sur, adoraban en común a la mar (sin los ídolos que en particular cada provincia tenía) (...) y así le llamaban Mamacocha, que quiere decir madre mar, como que hacía officia de madre en darles de comer. Adoraban también comúnmente a la ballena, por su grandeza y monstruosidad, y

en particular unas provincias adoraban a unos peces y otras a otros, según que les eran más provechosos, porque los mataban en más cantidad. Esta era, en suma, la idolatría de los yuncas de aquella costa, antes del Imperio de los Incas”.



Piezas de hueso, piedra y metal recuperadas por Augusto Capdeville en el Cementerio de los Vasos Pintados de Cifuncho. Fotografía del autor, c. 1910-1920.

## Morro Moreno

Los grandes rasgos de la costa se componen del horizonte oceánico, de una estrecha planicie de arena y de un pronunciado farellón que entre ciertos quiebres se hunde directamente en el mar. Vista sin mayor detenimiento esta costa se dibuja como una línea recta de varios cientos de kilómetros de extensión, interrumpida únicamente por la península de Mejillones. La deformación de esa uniformidad litoral es espacio de la historia costera. Morro Moreno es un ejemplo. Su toponimia proviene de sus rasgos visuales distintivos, el color oscuro que lo cubre y su enorme altura entre los llanos de la península que supera los 1100 metros a poca distancia de la línea de mareas. Nada sabemos de su nombre en otras lenguas. La bitácora de Drake menciona a “Mormorena” en 1587, a los pocos años Oliver Van Noort lo incluía por primera vez en un mapa, para el fray Reginaldo Lizárraga era el linde de las tierras de Perú y Chile y Thomas Cavendish incluso visita su caleta distante a dos millas del embarcadero. A los alrededores del macizo se asentaron las primeras bandas unos 7000 años atrás, quedan grandes conchales y cementerios que parecen contener cientos de cuerpos; Otto Aichel excavó muchos de éstos a fines de 1920. Sus pobladores llegaron allí atraídos, el morro se volvió referencia, luego pueblo, un grupo de caletas, colectivo.

Es el relieve más imponente de Antofagasta, sea mirando al mar desde la ciudad o hacia la espalda desde Juan López. Ergui-

do a un costado de Punta Tetas, nominado también por su forma, es el único accidente geológico que corta por completo la camanchaca y las nubes litorales a su paso, captura la humedad que genera peculiares formas de vida en los bordes del desierto. La niebla deja en evidencia que de macizo no tiene más que su altura e imponentia, su masa no es del todo sólida y se filtra, fluye por sus entrañas para desembocar en una aguada, en una pequeña cueva junto al mar, la misma que según Luis Pomar podía entregar más de 3500 litros de agua en un día cualquiera de 1885.

## La albacora y la espada

Cuando su caza es más selectiva, en la pesca al palo, la albacora resiste al arpón. En la costa americana son conocidas las historias de albacoras que atacan cetáceos, a los que varan o hieren con las espadas quebradas dentro del cuerpo. Acaso por su grandeza se ha enfrentado al humano desde milenios. Por ejemplo, los chumash de la costa californiana, lejos de Atacama pero también conocedores de albacoras, dividieron el mundo marino del terrestre, en el que se diferenciaba al cazador humano de la tierra del cazador de albacora marino –como mediadores, los chamanes vestían y danzaban a la manera de albacoras. Los artistas de El Médano o Izcuña no las olvidaron entre la diversidad de especies de su panteón, detallando sus mandíbulas espa-

diformes y sus colas en medialuna. Además, en los cementerios de Caleta Huelén se han encontrado tumbas con estas espadas ofrendadas, otros con esqueletos completos de delfines o hasta ocho cabezas de marsopas.

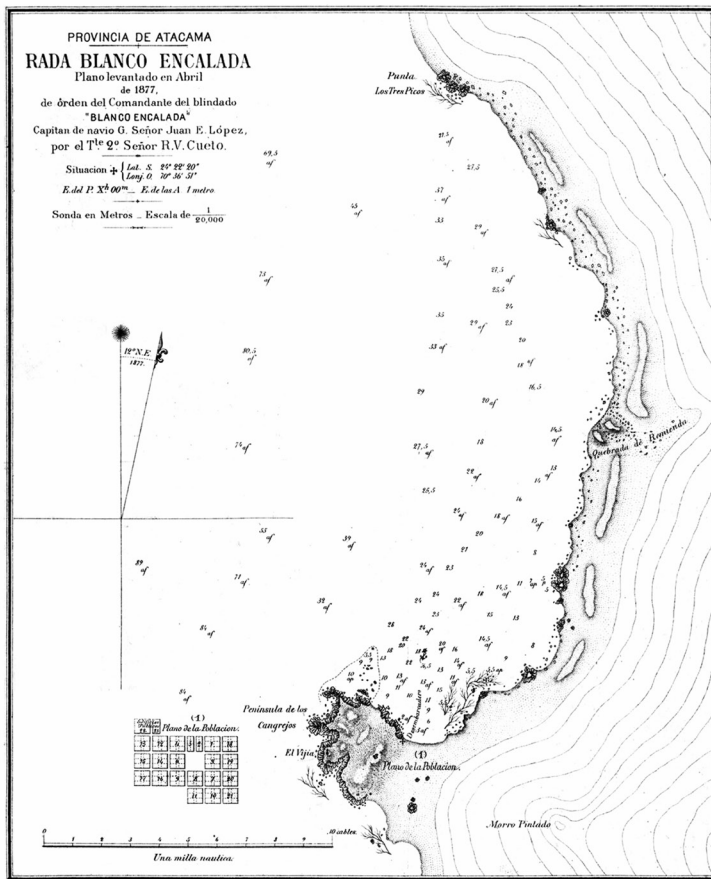
Hace unos años una albacora de 400 kilos se resistió casi seis horas a unos pescadores de Tocopilla. Contreras recoge la historia de la familia Santibáñez en Las Tórtolas, en 1987, sobre la caza de una albacora de más de 500 kg. Es apenas un ejemplo de esta relación:

“Un cuarto para las diez de la mañana la “laceamos”, y le dimos cordel y comenzamos a “trabajar” la albacora, las once, la una, las dos de la tarde y la seguíamos trabajando, dándole cordel y recogiendo cordel. Llegaron las cuatro de la tarde, cinco de la tarde y la albacora como si nada, seguía dando la pelea, era tan grande que el arponazo no le hizo nada” (...) “De repente salta la albacora y le pegó al lado del motor, atrás, haciendo un forado enorme que en poco rato el motor se tapó de agua y estábamos como a tres horas de la costa y comenzamos a “achicar”, sacar agua del bote, sin parar, y así se fue el día y toda la noche” (...) “Desde el día anterior, a las 10 de la mañana que la laceamos hasta media tarde del otro día la albacora nos había arrastrado hasta la altura de Chañaral, unos cien kilómetros al sur de Las Tórtolas donde la habíamos arponeado, no la podíamos creer”.

En la mar estos relatos abundan –un animal marino no identificado destruye la goleta de Miguel Gallo en que el sacerdote Rafael Valdivieso volvía a Copiapó. Aún hoy la albacora con-



centra el heroísmo de la pesca. Está provista de un arma por naturaleza, espada proyectada que alcanza un metro de largo. Es ágil y rápida, raya el agua con sus aletas cuando está en sus faenas.



Plano de la rada de Blanco Encalada, o Remiendos, levantado en abril de 1877. Publicado en el *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, 1878.

## Balsas de los últimos constructores

Entre los ajuares funerarios ariqueños, Luis Álvarez ha registrado un testimonio de la navegación. A don Modesto, viejo pescador de los valles bajos, lo encuentra hacia fines de 1960 podando olivos en una chacra de Saucache, en Azapa, alejado del mar. En los roqueríos de Quiane “lo había visto mariscando y chinguillando pejesapos”; era el padre de uno de sus compañeros en la escuela. Las balsas favorecen el reencuentro:

“Yo con mi hermano mayor hicimos el último viaje con nuestra balsa de cuero de lobo, allá por el año 1932, rumbo a las playas del norte para pescar entre la desembocadura del río Lluta, el totoral, la raya, hasta llegar a la Pascana de los Palos”.

Don Modesto narra los colores del agua donde calar, si rojizo o morado, el movimiento de las manchas; su agilidad para chapulear tomoyos por la cabeza entre las piedras de la baja, los veranos chinchorreando sargos, corvinas, allanques. Recuerda sus viajes a la Meca, una rocosa playa con puntillas donde llegaban mariscadores, chungungueros y guaneros, el lugar ideal para matar unos cuantos lobos machos callamos. Don Modesto entrega observaciones tecnológicas de la construcción de las balsas, como la disposición de los flotadores con la panza hacia arriba, pues por el ombligo se infla y lo que se hunde es el espinazo.

“Vi balsas que venían del lado de Ite que tenían el canuto soplador en el muñón de proa; seguro que tenían que zurcirlo

muy firme al hueso. Le cuento que con esta hechura cada pierna de la balsa quedaba ancha en el centro y levantada en sus extremos a la cola del lobo a manera de una embarcación con doble proa, cosa que cuando uno venía para tierra, impedía que el tumbo que reventaba a tu espalda no pasara por sobre la balsa. Las piernas una a la otra se unían con tablas para formar una cubierta bien amarrada en que iba sentado el bogador con su red chinchorro y cordeles. Este tipo de balsa de cuero de lobo es la única que se usó en las playas bajas de arena con bastante oleaje; muy diferente a la que Ud. me muestra de Chañaral de Aceitunas; se nota en la fotografía que es baja de popa y que sirve para las playas sin oleaje, de aguas tranquilas”.

Seguramente la fotografía que ve don Modesto es la tomada por Guillermo Millie, cerca de 1940, en que aparece Roberto Álvarez, conocido como el último constructor de balsas de cuero de lobo. Se trata de una embarcación pequeña, más bien plana tanto en la proa como en la popa, modelo casi idéntico al que construirá en 1965 y que documenta Hans Niemeyer. Si bien en la mayoría de las balsas el maderamen tiende a converger hacia la proa y separarse en la popa, no todas presentan flotadores con extremos pronunciados, por lo que la distinción del viejo pescador no deja de llamar la atención. El mismo Niemeyer notó esta “diferencia de orden secundario” que consideró como una característica modificada en el tiempo o una variación producto de sus usos, mientras que don Modesto, más específico, ve las diferencias en relación al tipo de playas y mareas.

De todos modos, las balsas no dan cuenta de una construcción unívoca, y sin duda las imágenes popularizadas coinciden más con la descripción de una doble proa, o esto dejan ver las ilustraciones –más o menos exageradas– de Alcides d’Orbigny en la bahía de Cobija, de Philippi en caleta El Cobre, de Claudio Gay en Huasco o de Melton Prior en Pisagua. Por su parte, una balsa similar a la del constructor de Chañaral de Aceituno se encuentra en Felipe Bauzá, miembro de la expedición del marino italiano Alejandro Malaspina, hacia 1790. En ésta, dado el cerrado cuadro de la imagen, o su esquematismo, que la balsa se encuentre flotando es solo una suposición y bien podría estar en la arena. No vemos la playa, ni los roqueríos, ni que tan cerca de la costa se encuentra.

## CrudoSeco

“Ckackchi” en el *Glosario de la Lengua Atacameña* de Emilio Vaisse, Félix Hoyos y Aníbal Echeverría y Reyes de 1896 tiene una doble significación, que hace referencia tanto al pescado como a cualquier alimento “bueno, agradable y sabroso al paladar”. La duplicidad parece producto del valor –enorme y sin duda desconocido– de los peces en el desierto.

Louis Feuillée, naturalista y sacerdote de la Orden de los Mínimos de Mane, fue enviado a las Antillas por la Academia de las Ciencias Francesas, dos viajes que le valieron el reconocimiento

de matemático real por Luis XIV. Tras esto se le encomendó una larga exploración a las costas occidentales de Sudamérica para continuar con sus observaciones astronómicas, botánicas y geográficas, entre 1707 y 1712. En mayo de 1710 arriba al puerto de Cobija. Lo que vio allí seguramente le hizo cambiar sus concepciones culinarias, aunque dada su austera orden es posible que Feuillée no comiera ningún tipo de carne:

“Nuestra gente que se había quedado el año anterior por cuatro meses en Cobija me había ya informado de la vida y costumbres de sus habitantes, pero sin creer algunas de sus historias, en especial aquellas relativas a que comían los pescados completamente crudos. Me pude convencer de la veracidad del hecho al presenciar como un niño de cerca de un año y medio de edad al ver a su padre volver de la pesca le lloraba tan fuerte que éste solo pudo apaciguar su llanto dándole la mitad de un pescado completamente crudo, que el pequeño niño devoró en nuestra presencia. Esto fue suficiente para vencer mi incredulidad, y para hacerme creer muchas otras cosas de las que fui testigo ocular.

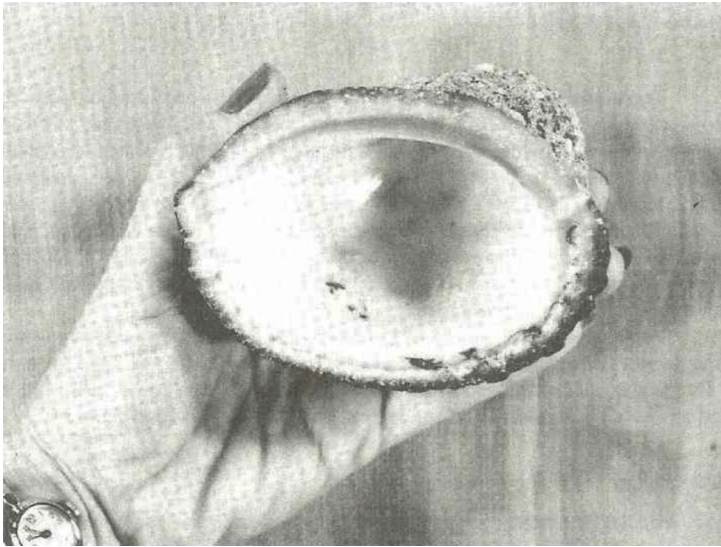
Yo creí que la escasez de madera había obligado a este pueblo a acostumbrarse a las carnes crudas, pero viendo cómo ridiculizaban a nuestros cocineros cuando éstos preparaban y cocían su pescado, reprochándoles poca inteligencia, por no saber, decían ellos, que un pescado cocido en el agua perdía toda su sustancia, que era un desgaste perdido y un trabajo duro realizado inútilmente. Este razonamiento hizo que me diera cuenta que

este pueblo tenía una filosofía natural; en efecto el agua hirviendo separa las partes que en su composición formaba el pescado, se destruían las partes más delicadas dejando en el cuerpo solo aquellas más duras” (La traducción es nuestra).

Tres años antes, Vincent Bauver, un comerciante y coterráneo de Feuillée, pisaba Cobija. Sorprendido de las habilidades náuticas de los pescadores y de las virtudes de su extraña embarcación, comenta:

“utilizan estas especies de barcas para ir a pescar; cuando ven que el mar hierve de peces corren o más bien vuelan, llevando consigo un cordel largo en cuyo extremo hay tres anzuelos unidos en forma de triángulo sin cebo, que arrojan al mar y lo jalarán rápidamente, y pronto tienen 1, 2 ó 3 pescados. Cuando termina la pesca vacían estos pescados para exponerlos al aire en donde se secan sin pudrirse y sin tener que salarlos, así es bueno y puro el aire”.

Crudo o seco. Ni cocido ni asado. Para el paladar costero la mediación de la cocción destruía el pescado. En las formas de cocina, como en las formas tecnológicas, no siempre más esfuerzos implican más valor.



9:55 am, fascinación por el loco chileno (*Concholepas concholepas*) de la mano de Bente Bittmann, probablemente en Cobija. Fotografía de Alain Craig, 1984.



## Huidas y encomiendas

Piénsese en el contexto de las encomiendas posteriores a 1540, en las de Pedro Pizarro, Hernando de Torres, Lucas Martínez Begazo, Jerónimo de Villegas, Francisco de Aguirre. La costa es fuga o tributo. Según informa Horacio Larraín, hacia 1578 la desembocadura del río Loa ya se encontraba poblada por españoles e indios, y de acuerdo con Joaquín Santa Cruz no se hizo empadronamiento de la encomienda de Aguirre hasta 1623, cuando pasa a manos de su hijo Hernando. Para Rómulo Cúneo-Vidal, de esta familia proviene la mención “camanchacas y chiangos” de 1659, cuando el tataranieta de Aguirre, Fernando Aguirre y Riberos, los reclama entre Morro Moreno y Mejillones –huidos seguramente a Cobija o al Loa– para otorgárselos al corregidor Pedro de Figueroa. Para Jaime Eyzaguirre y Fernando Silva esta petición es acogida en 1637; para Luis Silva Lezaeta, Aguirre y Riberos llegó a ser el gran patriarca del norte.

En 1581 Pedro Sande, informante de Lozano Machuca, Factor de Potosí, se refiere a estos indios como uros verdaderamente pobres –no como los aymaras que se hacían los pobres– pero que podrían llegar a tributar, trabajar las minas e incluso había condiciones para una industria del ámbar de ballena. En posteriores referencias los camanchacas ya se encuentran trabajando –pesca, transporte, etc.– a cambio solo de alimento en el negocio del pescado Atacama-Lipes del ex corregidor Juan Velázquez

Altamirano, denunciado en 1591 por el corregidor de Atacama, Juan de Segura –informan Eduardo Téllez o José Luís Martínez. En 1603, según Lizárraga los indios de Atacama le “han tenido mucho amor” al ex corregidor Velázquez.

Hacia 1620 los camanchacas pescaban para el negocio de Francisco de Otal, cura propietario de Atacama La Baja, y comían congrio hasta en el Arzobispado de La Plata, según reportes de Victoria Castro. De acuerdo con Bittmann, en 1639 los camanchacas de Arequipa pagaban sus tasas y arrobas de pescado, y lo mismo hacían en 1685 los camanchacas del puerto de Loa, según Carolina Odone. En 1777, nos informan Eyzaguirre y Silva, aún se intentaban mejores recaudaciones en los puertos de Cobija, Mejillones, Betas, Juncal y Copiapó.

## La distancia en los puertos

Cierto carácter moderno de los puertos de alguna vez luminosidad constante, una rápida sensación de vejez adherida a la urgencia de sus movimientos, construyen más que una tecnología retrospectiva y nostálgica. Salvador Reyes, su *Barco ebrio*. Aquí no solo las rutas que fueron peregrinajes y adioses, los goces de las partidas, todavía más que el testimonio de los navegantes anclados; no es raro andar nómade por las costas de Atacama. Es otra técnica para ver desde afuera el punto que traza líneas deseosas de transportación. Cualquiera sea la distancia,

existe una promesa. Reyes: “La voluptuosidad torturadora del ansia de alejarse grita un adiós desesperado y bello...”. Huir, no por los cerros, con los ojos en puertos-estaciones totales, por la dirección a la mar visualizada sobre la turbulencia. La mirada que flota reflectante atrae desde otros mares, tiende rutas por las que insiste en proyectarse y desintegrar su propio espacio. Inaugura esa nueva arquitectura de muelles que se despliegan sobre las aguas. Otros puertos se dan. El océano como tránsito de deseo, su flujo punza lo que intuimos por horizonte.



Al fondo, la camanchaca contra la boca del Loa entre los cerros de la cordillera. Adelante, la casa de los únicos cuatro habitantes de su desembocadura en 1927. Fotografía de William Rudolph.

## A propósito de los changos y la avioneta

Debemos a William Rudolph, ingeniero de la minera transnacional Anaconda, la fotografía de unos pescadores de la garganta del Loa, en abril de 1927. La desembocadura ya no era el reducto productivo, ni el puerto de los bautismos, como señala Óscar Bermúdez, con su imagen del Rosario, a la que según el deán Francisco Echeverría y Morales los pescadores se habían hecho devotos tras las pestes que asolaron.

Al llegar a la costa, luego de la exploración de la hoya del río, Rudolph comenta la desaparición de los changos desde mediados del siglo anterior, pero advierte la sobrevivencia de sus herederos de “instinto pescador” a quienes tuvo oportunidad de conocer. Estos nuevos changos, tres hombres y una mujer, construyeron su rancho y terrazas a la vera sur del Loa, no tenían bote y todo lo hacían caminando; así medían distancia y tiempo. Pescaban, buscaban vetas de oro, viajaban a Quillagua a “cambiar pescados y almejas por té y trigo”.

Sin embargo, entre las observaciones de Rudolph destaca un hecho más anecdótico, casi heroico, ya no en el Loa. Una avioneta se pierde a treinta millas al sur de Antofagasta, en la zona infranqueable; no la pueden rescatar ni por tierra ni por mar hasta que finalmente dos changos voluntarios la encuentran. Acá el cerro cae recto, los declives obligan a internarse en el desierto y no hay cordones transversales que se abran paso a la mar. En El Cobre, el mismo Moreno le aconsejó a Philippi no

continuar más al norte en dirección a Antofagasta, sobre todo por lo escarpado y la sequedad. Los exploradores habían sido relativamente cautos, aunque se conocían historias de algunos que lo intentaron.

A fines del siglo XIX Francisco San Román describe este terreno como la vecindad de dos hoyas, Remiendos y Jorgillo. A excepción de aquella, que surca el portezuelo de Bateas, la zona no es más que pequeñas hoyas y quebradas, pliegues de mayor o menor profundidad desde Punta Tragagente a Coloso, sin rastros de agua hasta precisamente Agua Dulce. Es un borde amurallado de escasos abrigos y varaderos de botes, con cumbres ásperas y precipitosas de inaccesibles rinconadas. Vidal Gormaz reconoce alturas de más de 900 metros que sobresalen como monolitos, muy cerca de una caleta en la que algunos barcos cargaban cobre. La cordillera se arroja al mar en Jorgillo o en Bolfín, en Morro Jara, en las proximidades de la perdida mina de oro de Naranjo, el náufrago –Philippi: “el contra maestre de la Janequeo me dijo haber hablado él mismo con el indio, quien había traído al señor Naranjo a Bolfin y lo había llevado después y quien pretendía haber visto las muestras del oro”. Es en este trozo del desierto donde los changos encontraron la avioneta, lo que podríamos llamar el despoblado del despoblado. Zona silenciosa para explorar, perderse, desaparecer.

## El alma del erizo

Los erizos causan extrañeza y especulación, sus estudiosos han tratado de explicarnos qué sucede al interior de su cascarón. Claudio Gay a mediados del siglo XIX y Carlos Porter medio siglo más tarde insistían en que el cangrejo que llevaba el erizo no era el erizo; según ellos, tal era la creencia. De cuerpo esférico calcáreo, coraza protectora llena de púas, su anatomía es inversa a la nuestra, con el ano en la parte superior y la boca en la base, compuesta de cinco dientes que mastican sobre todo de algas. Adheridas a las paredes interiores descansan las lenguas de carne, sus gónadas, lonjas de intenso anaranjado, textura esponjosa y babosa. En su gregarismo, machos y hembras se distinguen solo en los momentos del año en que se reproducen. De las lenguas del macho sale una sustancia blanca compuesta esencialmente de espermios, mientras que la hembra secreta los óvulos junto a un líquido del mismo color que las gónadas. Esto suele suceder entre julio y noviembre, cuando huevos y espermios surgen como “volcanes lanzando nubes” por sus anos hacia el mar. La fecundación ocurre en el agua, por lo que a veces hay cientos de miles de imperceptibles semillas de erizo suspendidas. Se desarrollan como larvas y al mes ya son pequeños erizos de dos milímetros de diámetro. Engordan a un ritmo constante y bajan la intensidad a medida que llegan a su talla adulta, probablemente a los ocho años.

En 1970 Luis Bückler continúa con las aclaraciones. El cangrejo comensal no es el alma del erizo, como, según él, creían algunos pescadores. Podría argumentarse a favor de un alma yódica, no obstante el biólogo intenta disipar dudas: los comerciantes alegan que el cangrejo es el alma pues si éste permanece vivo el erizo aún es comestible, mientras las pruebas muestran que una vez descompuesto el erizo su comensal puede sobrevivir todavía dos días más.

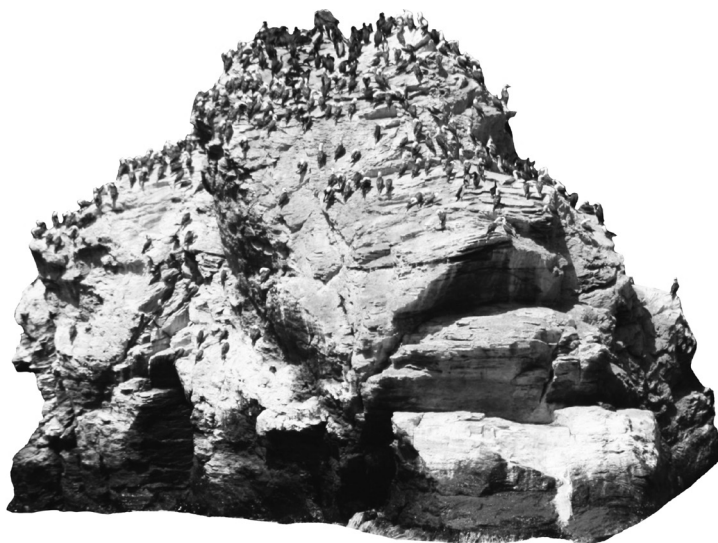
El erizo hospeda en la porción rectal del intestino un alma comensal que va transformándose, que se le allega en su estado larvario –o muy pequeño– a residir en esa tiniebla de placas. El cangrejo se alimenta de él, al parecer sin causarle daño, se hace un espacio en su interior para tomarlo por protector. Inserto, el cangrejo habitándolo, huésped y hospedante sostienen lo que conocemos como una interacción simbiótica –que no llegaría a ser parasitismo. Los cangrejos machos, de menor tamaño que las hembras y menos en población, podrían salir de su hospedante para fecundar en otras corazas, mientras las hembras quedarían atrapadas una vez que su talla supera el diámetro anal del erizo. Esto explicaría, según Pedro Báez y Carlos Martínez, por qué en la mayoría de los casos el huésped es hembra y en algunos pueden encontrarse dos huéspedes. Otro aspecto llama la atención de los biólogos. De una colecta de erizos en Montemar, en la bahía de Valparaíso, treinta y dos cangrejos comensales –un 10% de la muestra– fueron destinados para observaciones



complementarias en un acuario. En el estudio se lee:

“La hembra de *Pinnaxodes chilensis*, después de realizado el apareamiento, trataba de matar al macho. De ocurrir esto en la naturaleza sería difícil asegurar este último criterio”.

El distanciamiento de la condición acuario respecto de la testa globosa sugiere la duda que manifiestan los investigadores. El cambio forzado de habitación abre nuevas posibilidades al comensalismo.



Roquerío-colonia de aves.

## Modos de navegar

Acerca de las maneras de navegar españolas por las rutas de Panamá al Perú, Pedro Cieza de León comenta que el verano es más adecuado para ir en dirección a los mares del sur dadas las agradables brisas que acortan las travesías. Los viajes debían realizarse antes que los vendavales del Pacífico se levantaran con mayor fuerza y solo con motivos imperiosos podían realizarse entre agosto o septiembre. Dado lo esporádico de los vientos del norte, sus especificidades y formas de correr en las diversas latitudes, para los navegantes el tema fue materia de atención y de disensos. A juicio de Lizárraga, en Morro Moreno comienzan a soplar los vientos nortinos desde mediados de abril hasta noviembre, por lo que para arribar a Chile no es mejor el verano. Se trataría de breves periodos adecuados, e incluso en éstos no todos los días eran buenos para ir al sur. El viaje podía resultar muy lento; el fray recuerda hacia 1530 a un español cuyos padres habían zarpado desde Callao a Chile, en una navegación tan larga e interrumpida que fue engendrado y nació a bordo, su madre se embarazó nuevamente y aún no arribaban a Coquimbo.

Tres siglos más tarde d'Orbigny insistía en que no había nada como viajar por las costas de Chile, Bolivia y Perú, en dirección al norte, ruta rápida y "libre de tempestades". En la relación de ese viaje expedito se da tiempo para apuntar algunas observaciones de la navegación en el sentido contrario. Al surcar de

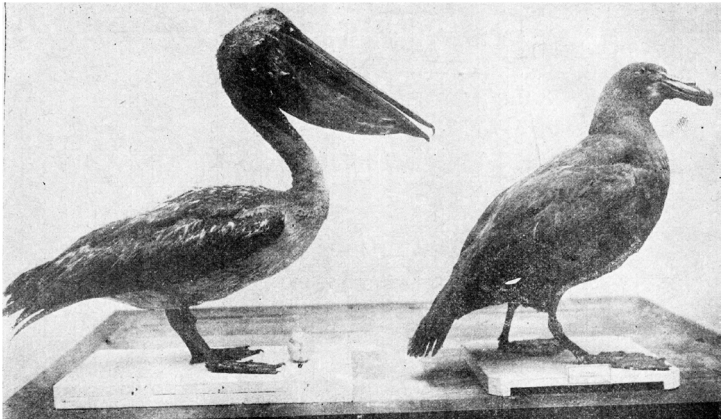
norte a sur se debe luchar contra los vientos y la correntada constante. De ahí el gran conflicto de los navegantes, que demoraban muy poco en llegar al Callao, tal vez apenas unos días, en comparación a los casi tres meses que tardaban en llegar a Chile. Hasta que un capitán, acusado de sortilegio y aprisionado por sus extraordinarios méritos náuticos, logró reducir los tiempos de la travesía. Simplemente se alejó de la costa, unas doscientas leguas, donde encontró los vientos necesarios para viajar, llegando en unos veinte días a Chile, entonces un tiempo ilusorio.

Pero no todas las dificultades estaban en el viaje al sur y no todos las travesías al norte habían sido tan veloces como la de d'Orbigny. Antes, Frezier exploraba estas mismas costas cuando experimentó los avatares del Pacífico. Zarpaba de Caldera en dirección a Arica en junio de 1713, cuando la calma de las aguas y el viento del norte lo detuvieron algunos días, todavía no muy lejos de la costa. Tras la desesperación por el retraso, el dueño de la nave y el capitán español se dispusieron a rezar. Primero pidieron a San Francisco Javier, del que no lograron obtener mejores vientos, luego a Nuestra Señora de Belén y a Nuestra Señora del Carmen, del Rosario y de la Soledad. Solo unos días después, una brisa del sur los condujo sin contestación de milagro hasta Cobija.

## Parentesco de orilla

El *Libro de varias ojas* de la Parroquia de Chiuchiu es uno de los documentos de registro eclesiástico más importantes de la antigua doctrina de Atacama La Baja, compilado por el maestro Bernardo López Sagues, propietario del curato entre 1734 y 1735. El *Libro*, rescatado y estudiado por José María Casasas, condensa visitas, matrimonios y bautizos celebrados entre 1611 y 1698. Menciona a los camanchacas como habitantes de Cobija, Tocopilla y caleta Loa, entre 1612 y 1659, mientras que a los pescadores proanches como pobladores de Morro Moreno a Copiapó, entre 1646 y 1662. Al menos veinticuatro matrimonios y cuarenta y siete bautizos los involucran. Nada sabemos de tal distinción aunque pareciera ser más bien una especificidad de las artes de pesca o de las territorialidades familiares. Guillermo Galdos sostiene que incluso los primeros conquistadores ya habían visto cierta uniformidad étnica entre las poblaciones costeras, desde las costas de Atacama a Chule. De todos modos en el *Libro de varias ojas* se casan entre costeros, como Luissa Anchuño, camanchaca, con Francisco Capiche, proanche –lo que ocurre en todos los casos registrados, sea por predilección o por norma. Esto convierte a toda la franja litoral en un espacio emparentado, que en la mayoría de los casos une gente de localidades distantes, como los hijos de Alonso Caguaille y María Macho, de Cobija, cuyas respectivas parejas eran de Iquique y Copiapó, a casi 250 y 500 kilómetros de distancia. Otros

matrimonios unen Loa y Cobija o Morro Moreno y Cobija. El contorno de la costa muestra una genealogía que se desplaza al norte y al sur desde donde se encuentre, la parentela expande y contrae el asentamiento. La etnohistoria oficial ha señalado que la endogamia de los camanchacas tendría su origen en la “baja categoría” que representaban respecto de los atacamas –se diría algo así como: ¡Ni muerta me caso con un camanchaca!–, como si los atacamas fueran un bloque uniforme de estatus social cosificado. La etnohistoria oficial dice además que la vida estable en la costa sería una innovación atacameña.



Un pelicano y una pardela grande. Fotografía y colección de Enrique Ernesto Gigoux, 1930.

## Lenguas del anzuelo

El anzuelo tiene casi 8000 años en la costa. Existieron otros tipos de pesca, con dardos o con arpones, con otros medios desconocidos, diríase que sin más fueron ahí y comieron pescado. A partir de Junius Bird la presencia de este instrumento ha supuesto un acontecimiento tecnológico, una huella de cambio determinante, el *Shell Fishhook Period* o la vía a las profundidades. En todo este tiempo el anzuelo fue transformado por su oficio, aunque su forma permaneció casi igual al descubrimiento original –Agustín Llagostera ha visto que los vástagos de los anzuelos de concha se hacen cada vez más rectos y menos circulares con el paso de los siglos. Lo nuevo y posterior en el anzuelo ha sido sobre todo su cambio de soporte, su material. Es quizás el instrumento de más pervivencia entre el utillaje de las actividades del mar, si bien el conjunto de estos objetos ha resistido bastante el paso del tiempo, y es difícil imaginarle sin la pesa o la línea que lo acompañan en su inmersión y alejamiento. Su sucesión comenzó realizándose sobre conchas de choro –*Choromytilus chorus*–, delicadamente modeladas por recortes y pulidos hasta adoptar su forma final, teñida por el color de la valva, azul y morado con vetas grises. Luego se volvió un objeto compuesto, con una pieza vertical de piedra, hueso o concha a la que se unía casi perpendicular un gancho en su extremo. También se hicieron anzuelos de espinas de cactus, más versátiles; de hueso, probablemente elaborados de guanaco; o de metal, hechos de



cobre martillado o fundido. Más reciente es el anzuelo de hierro y otras aleaciones.

Pese a estos cambios, al grado variable de perdurabilidad que supone cada material, se mantiene su cualidad de enganchar-ensartar dada por la curvatura. Sin considerar el uso de poteras o la pesca con garabatos, el anzuelo se exhibe a la presa como ardid, lleva escondido su extremo punzante; es el pez el que cae en la trampa. Ante su invisibilidad, el pescador sabe dónde buscarlo, la profundidad adecuada, la carnada apetecida por el pez apetecido, y se podrían sumar innumerables factores, como el tipo de gesto suspensivo del anzuelo, las mareas, los conocimientos previos de la zona, o como registra Juan Van Kessel, el color e intensidad de las ardentías o los agujajes. Lo cierto es que las circunstancias del anzuelo, sus modificaciones, son también las del pez atraído, ensartado mientras come. En la trampa se modela la mordedura. Así la proporción de formas y tamaños del anzuelo converge con los hocicos devoradores.

## **Miniaturas**

La antigua sociedad litoral miniaturizó el mundo, procuró su desplazamiento, modeló seres, ideas, cosas, les invirtió una clase distinta de trabajo; las transportó mutadas según otras escalas, arrojadas a nuevos usos. En el espacio funerario esta vía de los objetos une sobre todo cuerpos humanos, balsas y

cuerpos ballenas –por decir el más concitado– o cuerpos marinos. Las arcaicas comunidades de Arica llevaron en sus ajuares unas estatuillas de arcilla cocida y madera hermanadas a sus momias. Como observa Bittmann, a veces incluso comparten con éstas la técnica del trabajo de las cavidades y el tratamiento de los cuerpos, el modelado de las extremidades con hilos y fibras, además de lucir máscaras, pelucas, cintillos, faldellines o taparrabos. Los costeros convivieron con las figurillas, a veces como si fuera un recién nacido, un niño o una mujer encinta, acaso continentes, juguetes, acompañantes –para Álvarez un culto al no nacido. Otras son más pequeñas aún. Como la hallada en Los Bronces –por Núñez y Contreras–, hecha en hueso y de unos 2,5 centímetros, apenas contorneada y con sus brazos alzados apuntando al cielo; o la encontrada por Capdeville en un cementerio de Punta Morada, cuyos brazos recuerdan a la de Los Bronces, no obstante su singularidad radica en que la figurilla es tripulante de una balsa de la que puede montarse y desmontarse. No se conocen otras expresiones similares a esta miniatura compuesta –tripulante y embarcación– y las balsas normalmente no llevan conductor. En los cementerios de Arica e Iquique se han encontrado distintos modelos a escala, que además varían en sus características tecnológicas. Las hay de madera, de tres palos, canoas monóxilas, y en la mayoría de los casos de no más de treinta centímetros. Pero la unión entre balseros, balsas y ballenas encuentra tal vez su mejor despliegue en el arte mural. Como en El Médano o Izcuña, la caza en balsas

fue reducida a imágenes rupestres que no superan los cincuenta centímetros de tamaño, con una compresión que permitió a sus productores trasladar un gigantesco acto oceánico hasta las estrechas quebradas de la cordillera costera, varios kilómetros lejos del mar. Algunas relaciones métricas se mantienen, otras no. La estructura anatómica animal se detalla, casi no se deforma, aunque sí su relación con la balsa y el cazador –su cuerpo es apenas bordeado. Luego, como emanación de la roca, la ballena aparece alejada del cazador: talladas en madera, en placas de cobre, esculpidas en piedras, grabadas en huesos –como las halladas por Otto Aichel en la costa de Antofagasta, por Capdeville en los Cementerios de los Vasos Pintados o las de la colección Ludwig de Caldera. Se trata ahora de soportes móviles desanclados para la circulación. Como el balseiro a la bestia, el miniaturizador da a su figurilla una relación de aspecto en el mundo lo suficientemente pequeña y saturada, cifra en la escala su definición talismán.

## Rendición de los matadores

Las bordadas hacen naufragar a los matadores de lobos, el trayecto de frente al viento y cambio de dirección entre viradas. En el capítulo XXXV de *Mar hondo*, en las loberías de la isla San Pedro, Leyton y Marcelino Caruncho –de la última nobleza costera que dijera José María Sayagó– apenas sobreviven, la venta

de pieles tiernas los condujo en un mal día. Entumido en los peñascos, Caruncho no fue capaz de cargar el garrote y Leyton, el de los rápidos golpes, alcanzó a dar solo machetazos esquivados. La rapidez de las olas les cerró la isla y quedaron atrapados en un círculo de espumas batientes, lejos del bote, subordinados a los lobos. Ya al salir de madrugada hacia Ballenita se avisaba la tormenta: “parecía todo llovido de peces por las graduaciones del aire en la onda que repercutía de luces sucesivas hasta el fondo del litoral”. Todo era la fetidez del oleaje debilitante. ¿Mejor calafatear, mejor fondearse en la escollera? Para Sady Zañartu la rendición proviene de la porfía y la ambición, de una ceguera evidente ante la “marejada gruesa”.

Otra es la rendición de Luis Adler. *El Matador de tiburones* de Reyes es el desafortunado destino de un noruego, especie de gigante atrabiliario, de “San Cristóbal fervoroso”. En su secreto ritual nocturno, y a la manera de los pescadores de perlas o los negros de Cabo Verde, Adler se encargó de los tiburones que llegaban a la costa. Era común ver a los escualos tendidos en la playa con los vientres abiertos por su cuchillo. De estas contiendas, que no le tardaban más de diez minutos, salió victorioso siempre, hasta que fue retado por su novia, deseosa de ser testigo de una hazaña. Perico Navas narra desde la lancha la batalla final en alta mar; el movimiento de una aleta rayando, los relampagueos del cuchillo, la cabeza de Adler junto al tiburón, su rostro terrible.

Aquí los cazadores no cazan. Por dinero o pasión desconocen la mar y quedan atrapados y sin técnica. A comienzos del siglo XX lo que se les escapa no es tanto un saber ancestral, una caza con filos de piedra. Caruncho y Leyton salieron muy temprano “contra la voluntad de ellos mismos”; Adler antes de lanzarse “silencioso y frío, recordaba al hombre de otros días”. Los cazadores ya no se poseen del todo, se ven incómodos y extraviados, los ataca la duda sin las fuerzas necesarias para el arrastre de la ola grande.

En 1764 Antonio O'Brien describe la peligrosa caza en el puerto de Iquique: los tiburones comen balsas y pescadores –informa Jorge Hidalgo. La caza se ha vuelto un equívoco. *En Mar hondo* se regresa a la calma gracias a la lancha providencial de un patrón de botes. En *El matador de tiburones* una lápida en La Puntilla regresa el fervor de Adler. Ante la mirada de las bestias los matadores se rinden.



El escarpado panorama tras la impresión de Alcides d'Orbigny sobre la rada de Cobija en 1830. Obra del mismo autor.

## Melancolías

Las largas expediciones navales causaron sentimientos confusos entre los viajeros. A través del globo, algo de pérdida y desconsuelo construyó el itinerario sobre el hogar abandonado por la dulce codicia. El comerciante y diplomático Jacques Antoine Moerenhout siente este agobio. En el preámbulo de sus viajes a Oceanía, desde Valparaíso a Cobija, se declara presa de la melancolía y en sus padecimientos se compara con los indios que ha visto a las afueras del pequeño puerto boliviano, en sus ranchos hechos con costillas de ballena y pellejos de lobos. Antes de zarpar en dirección a las Islas Pitcairn, hacia las conquistas soberanas, Moerenhout confiesa su miedo. Mejor se sentirá en la Polinesia francesa. En Cobija desciende del barco, conoce algunas personas. Lo que sigue es un "extracto de mi diario":

"El señor Alcalá nos invitó a cenar, por lo que nos quedamos en tierra. Había reunido en su casa a todos los notables de Cobija, quiero decir, al gobernador y cinco o seis comerciantes españoles. La mesa estaba abundantemente provista de buenos vinos, delicias de todo tipo, y sobre todo de pescado. El pescado es excelente en Cobija; pero no pude tocar lo que ellos llaman carne fresca, traído aquí por una nave que había salido hace varios días. En la noche los invitados se fueron de visita por el pueblo. Yo preferí pasear, dirigiéndome hacia el sector de las chozas de los indígenas donde me pareció escuchar algo de música. Al acercarme, no escuché nada más; y creí haberme

equivocado. Era una de esas bellas y frescas noches de los trópicos. Me senté sobre una roca, lo suficientemente cerca para distinguir las chozas indígenas en la tenue claridad de la luna. La soledad de este lugar, el profundo silencio que reinaba, interrumpido solamente por el ruido de las olas del mar chocando incesantemente sobre las rocas que bordean por todos lados la orilla. El aspecto de esas miserables chozas, tiradas en la mitad de este desierto; mi propia situación, lejos de mi patria, de mi familia, de todos los objetos de mi afección, y a punto de emprender un viaje de los más azarosos, todo llevaba a mi alma hacia la melancolía, hasta el punto del enternecimiento. En ese momento, los indios de las chozas entonaron, acompañándose de la guitarra, un canto a varias voces, triste y patético, cuyo efecto sobre mí fue tal que sería en vano describirlo, y que pocos de mis lectores podrán figurarlo o si quiera concebirlo.

¿Por qué será que los cantos de los indios son siempre, en todo el Perú, lánguidos y tristes; por qué será que estos hombres tan dóciles y pacíficos muestran y se inspiran siempre en la melancolía? ¿Será consecuencia de su triste condición, un recuerdo tradicional de lo que sufrieron bajo sus crueles conquistadores, la nación entera tendrá el conocimiento del estado de humillación y desgracia en el que han caído? Lo ignoramos, y probablemente nunca podremos resolver estas preguntas de manera satisfactoria; pero una cosa es indiscutible, es que ellos aman vivir entre ellos, alejándose de los extranjeros; se inclinan a la tristeza, cantando a su infortunio y esclavitud, y que se les ha



visto seguido, sobre todo en los momentos de embriaguez, entrar en furia a la escucha de algunos cánticos conmemorativos de su esplendor eclipsado; exaltación más de una vez funesta a los extranjeros que se encontraban en ese momento entre ellos” (La traducción es nuestra).

## Bajo los arenales

En abril de 1587 y tras varias jornadas de navegación desde Quintero, Cavendish y sus hombres desembarcan en Morro Moreno. Los indios locales no demoraron en acercarse y entablar un –supuesto– amistoso encuentro, en que además se intercambiaron regalos-pescados. La cortesía habría sido tal que los invitaron a conocer su aldea, a un par de kilómetros del fondeadero, lugar donde vieron a sus mujeres. Una vez allí, Cavendish comenta que tras fallecer alguno de los integrantes del grupo los enterraban con sus arcos y flechas, a veces con su “canoas” y el resto de sus pertenencias, tradición que él mismo había constatado al abrir uno de los entierros.

Si bien es a partir de la Colonia cuando se saquearon y destruyeron más piezas o monumentos indígenas en los Andes – idolatrías, amuletos, mercancías, curiosidades, tesoros, templos, templetas–, hacia el siglo XIX y buena parte del XX todavía era común la cacería de cráneos, favorecida por las extraordinarias condiciones de conservación que imponía el desierto. La

primera expedición de d'Orbigny fue un antecedente para las misiones científicas del marqués Georges de Créqui-Montfort junto a Arthur Chervin, Eric Boman y Eugène Sénéchal de La Grange; la de Bollaert o la de James Melville Gillis.

Entre algunos interesados en los cráneos destacan Luis Vergara, Ricardo Latcham, Jorge Ibar, Otto Aichel, Tomás Guevara, Carlos Porter o más tarde Gustavo Le Paige. La craneología –como ellos mismos la definían– representaba por aquellos años cierta vanguardia entre los estudios humanos, y llegó a abarrotar con miles de cráneos unos cuantos museos del mundo. Pero cuando Spanhi excava los cementerios de la desembocadura del Loa, a comienzos de 1960, en realidad llega tarde, los reclamadores precedían a los hispanos, de todo esto sabemos muy poco. Sus resultados arrojan que en los entierros de épocas antiguas había una tendencia a la falta de cráneos, mientras que en los cementerios posteriores algunas tumbas contenían hasta diez o más cráneos. Visto desde el movimiento de las cabezas, se revela algo de los arcaísmos objetuales costeros.

## Bajo los arenales 2

Francisco Cornely informa que entre 1890 y 1900 casi todos los pescadores de Caldera se dedicaban a excavar cementerios, y que durante su expedición a comienzos de 1930, su guía, el pescador Vicente Inchinilla, decía que de los treinta cementerios

indígenas que conocía no había ninguno sin registrar. Más al norte, se cree que las constantes caídas de la industria salitrera fomentaron el comercio de piezas arqueológicas. Gualterio Looser señala que en 1922 más de ochenta pampinos cesantes hacían excavaciones en las playas de Taltal, una mitad en Punta Morada y la otra en la quebrada de Los Changos. Por una anotación autógrafa de Horacio Larraín en la solapa de Fundamentos étnicos y arqueológicos de Arica y Tacna también sabemos que Emil Schwenger, ex jefe de la oficina Alemania y abuelo de Emilio Schwenger –quien le obsequia el libro a Larraín en 1987– le suministraba obreros a Capdeville, además de su propia ayuda en las campañas.

Hoy toda la costa se sigue excavando. Todos han intuido que la arena esconde algo, que los pescadores no pudieron ir muy lejos. Algunos rincones del borde agujereado son privilegiados por las preciosas antigüedades que proveen, como los conchales de Punta Grande, Morro Moreno y Abtao, o los túmulos de Caleta Huelén y Gualaguala. La costa es un largo sitio arqueológico. La ruma de tierra volteada es toda remoción incesante, el escombros monticular por excelencia. En su desacomodo y alteración se condensan las reiteraciones del depósito, se aleja deformándose y escapándose de su fondo de tiempo, eso más abajo que es lo primero.

## Camanchacos, camanchangos y changos: Cúneo-Vidal

Siete tomos compilan los doce volúmenes de las Obras Completas de Cúneo-Vidal, alias Juan Pagador, uno de los historiadores y políticos más importantes del Collesuyu. Sus síntesis, escritas a fines del siglo XIX y comienzos del XX, se instalaron como verdades históricas entre los intelectuales de décadas posteriores, y algunas de sus aseveraciones fueron reproducidas telegráficamente a través de citas y referencias sobre citas y referencias. Camanchacos y changos vivieron esta suerte. En el litoral del norte de Chile las ideas de Cúneo-Vidal sobre estos conceptos, fueron difundidas por Casassas, Rostworowski o Bittmann, como algo parecido a una transmutación etnonímica.

De acuerdo a Cúneo-Vidal, existió una unidad social entre los pescadores desde Ecuador y Colombia hasta Chile meridional, aunque divididos regionalmente en distintos grupos como los *ccaras*, *calas*, *calangas*, *puquinas*, *poccras*, *huantas*, *camanchacos*, *camanchangos* y *changos*, todas definiciones empleadas por los primeros conquistadores y el hacendado criollo. Aparte de unirlos el hecho de ser pescadores y costeros, los ligaba la misma visión despectiva reproducida por el nuevo habitante hacia el indígena litoral –se desconoce hasta qué punto puede retrotraerse esta relación–, como un ser primitivo, espantoso y de vida miserable. Todos estos vocablos tendrían origen quechua y se habrían occidentalizado rápidamente.

*Puquina* habría sido un ser “colorado” y “rojizo”, “por razón de las lacra rojizas, de índole escorbútica o leprosa, que ofrecía su rostro de seres inminentemente ictiófagos”; *Huanta*, similar o igual a *Puquina*, designaba también a los leprosos y la lepra; *ccara*, a los “pelados” y “desnudos”, como “condición de seres colocados en el primer peldaño de la civilización”, pero también para el “indio desnudo e inculto”; “camanchaco es el equivalente, así de puquina, como de huanta”, dice Cúneo-Vidal en su *Enciclopedia Incana*, y agrega que todos estos términos funcionarían como adjetivos sustantivados.

En *Leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama* circunscribe a *camanchacos* y *changos* a las costas del desierto, desde el sur del Perú hasta el norte de Chile, entre los ríos Sama e Ilo hasta mucho más allá de las localidades de Paposo y Caldera. Aquí como en *Enciclopedia Incana* asegura que el vocablo camanchaco:

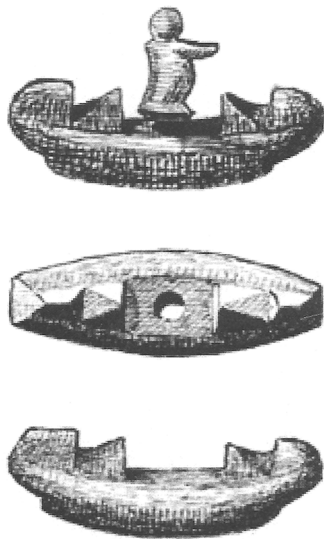
“procede de manchachicuni, verbo de la lengua quechua que expresa espantar, de suerte que fue camanchaco el indio espantable, repugnante por causa de sus taras leprosas, propias de su condición de ictiófago, así como por su fealdad y desaseo”.

“De camanchaco el uso vulgar hizo camanchango, y de camanchango, chango”.

“Nacidos a la vera de la mar, poco menos que a la manera de los lobos marinos que tuvieron su guarida en los peñascales de la costa changa, ellos optaron por aferrarse a sus abras y caletas al ocurrir el advenimiento de Paucar-Collas y Pacajes que dio por resultado la dispersión de sus estirpes, como nación”.

“Ellos denotan una tenacidad indecible en el anonadamiento del no ser; un apoderamiento de la inercia de la muerte, que no se observará en la máscara mortal de ninguna otra raza humana. Se echa de ver que, hambrientos, sedientos, en pugna desde el nacer con circunstancias adversas; parias por excelencia entre los parias de América, se hundieron, con voluptuosidad infinita, en el reposo que brinda el sepulcro de las razas vencidas”.

“Su comprensión de la vida, y su percepción de los fenómenos de la naturaleza, han debido circunscribirse, cual ocurre entre los ejemplares de la fauna inferior, en el círculo de las solitaciones del instinto. Ellos han debido conocer de una manera infalible los hábitos de los peces y de las aves de mar, el juego de las mareas, las variaciones del tiempo, guiados en todo ello por indicios sutilísimos que, de seguro, se escaparían a la comprensión de nuestros sentidos”.



Tres vistas de una misma miniatura de balsa con su tripulante, hallada por Augusto Capdeville en Punta Morada, Taltal, c. 1910-1920. Dibujo de su descubridor, reproducido por Patricio Núñez y Rodolfo Contreras, 2009.

## Médano

Entre los afloramientos de la quebrada de El Médano las pinturas inscriben de rojo la primera imagen litoral. Aunque destacan las escenas de caza marina con embarcaciones y arpones, también hay animales nadando sin amarras, reconocibles por enfáticas aletas y hocicos: ballenas, delfines, albacoras, jibias, tortugas, tiburones; guanacos, zorros, humanos difusos. Es el mundo oceánico fuera de sí, a más de 600 metros sobre el nivel de las aguas. Una transposición a la zona de frontera, hacia el borde escarpado. Es en la quebrada profunda donde puede reencontrarse el piélago, no en sus lindes más próximos. Las emanaciones submarinas son elevadas por el creador a la alta opacidad de las camanchacas; como la mar, la representación privilegiada necesita ocultamiento y concentrada hondura, atracción por el detalle anatómico. En la disposición del nado, en la relación de cuerpos, no hay nunca una ola. En ese momento la quebrada es el espacio de la visión artística y tecnológica más fantasmática.

## Flotabilidad

Respecto de las artes de navegación de la costa norte, los observadores –entre ellos Bibar en 1558, Feuillée en 1707, René Lesson en 1838, Niemeyer en 1965– se detienen sobre las balsas de cuero de lobo, imaginación marítima jamás vista por mu-



chos navegantes y circunnavegantes. Las balsas de los camanchacas no se asemejan a los caballitos de totora, ni a las dalcas, los wampos, las balsas monóxilas o las de tres palos, tampoco a las canoas de los yámanas, ni a las de los chumash o los eskimo. Sí, advierte Looser, son muy similares a unas de cueros de yaks que navegaron los ríos de China occidental, a otras de cuero de cerdo o vaca vistas en ríos de los Himalayas o a las balsas de cuero de búfalo usadas en el noroeste de Shensí, también en China.

Además de los desplazamientos y maniobras de su conductor, la flotabilidad de la balsa camanchaca, como la de las balsas chinas, radicaba en sus odres llenos de aire. Cada flotador requería al menos dos cueros unidos entre sí por un delicado sistema de costura con cientos de pequeñas espinas de cactus dispuestas como agujas, una al lado de la otra en hilera, con secciones de solo un par de centímetros. Las corridas de espinas luego se amarraban con un cordel de algodón trazando movimientos zigzagueantes para afirmar las agujas. Ambos odres se unían uno al costado del otro utilizando sogas de cuero, y para calafatearlos se recubrían con una mezcla de tierras rojas y grasa animal, lo que además de resultar un color importante impedía escapes de aire y protegía las secciones orgánicas de posibles ataques bacterianos. Este embadurnamiento y el constante inflado de los cueros eran esenciales para la navegación –de ahí también la importancia de la copuna. Según los pescadores de Chañaral de Aceituno a mediados del siglo XX las balsas eran calafateadas cada cuatro meses y podían tener una vida útil de cuatro años.

La chalupa quebró el proceso técnico de la balsa. La madera trajo consigo una nueva forma de concebir la flotabilidad y los volúmenes. De flotar sobre un cuerpo inflado se pasó al casquete hueco, de subirse encima a ponerse dentro, de sentarse en cuclillas o con los pies en el agua a sentarse sobre un tablón del bote, de remar por izquierda y por derecha a usar ambos brazos a la vez. Posiblemente las balsas ilustradas por Prior sean las últimas que descargan en Pisagua. En poco tiempo los puertos se llenan de botes, faluchos o lanchas, mientras los barcos se retiran. El bote inaugura otra relación con el mar –también con los cerros, los cactus, los animales–, los tiempos de la llamada pesca artesanal.

## **Piure de Antofagasta**

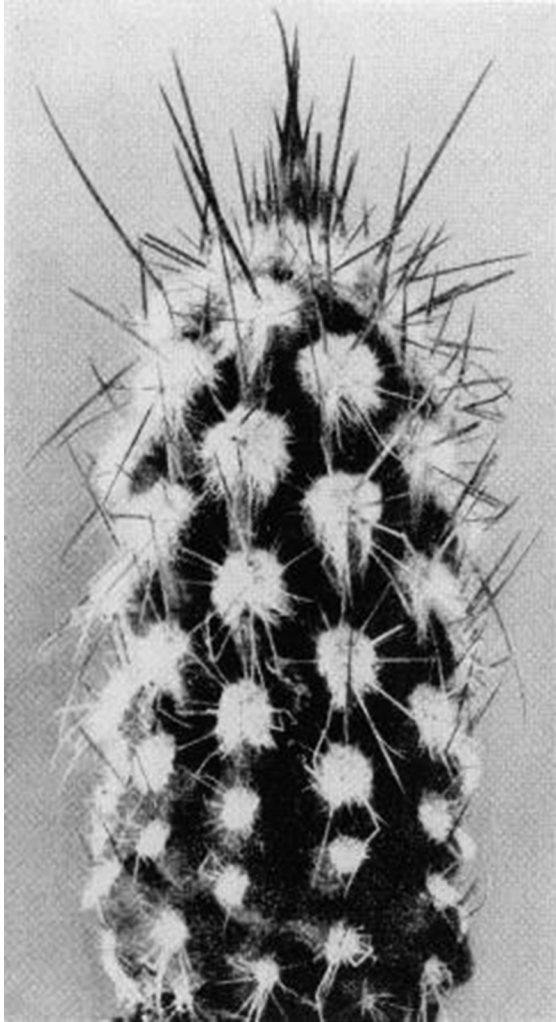
Sin considerar las sugerencias que produjeron los vapores, la historia de los puertos es un continuo desplazamiento. Al capítulo de las exportaciones y cargas se le adhiere uno quizá menor, acaso mero efecto secundario, cuya trascendencia puede vislumbrarse en la confluencia de la historia de vida de una especie con la historia de un veraneo, o con la historia de la recolección del siglo XX. Entonces la “apertura de los mercados” o el “comercio transoceánico” pueden ser elementos para entender la vida viajera de una mercancía que no se pensaba transportar.

Hacia 1840 los primeros vapores de la Compañía Inglesa de Navegación en el Pacífico no se detenían en Antofagasta ya que era Cobija el puerto principal de la zona. En pocos años se comienzan a realizar los primeros embarques de cobre por caleta Coloso, en balandras y pailebotes que llegan hasta Caldera; en 1868 arriba el primer vapor al puerto de La Chimba, el Perú, al mando del marino inglés W. H. Blunfield. Isaac Arce en sus *Narraciones históricas de Antofagasta* nos recuerda este momento fundacional, cuando el administrador de la empresa en cuestión mandó a pintar un ancla en el cerro más alto de Antofagasta, señal para el vapor que llegaría. En el cargamento del barco se encontraban víveres, carbón, forraje, elementos de ferretería, maderas, estanques, un caldero y otros insumos necesarios para instalar la primera máquina condensadora de agua que abastecería las faenas en el salar del Carmen. Nada se sabía aún del piure de Antofagasta.

Los científicos reconocen hoy que *Pyura praeputialis* no es una especie relictica que habitara en la bahía tras la separación de las placas continentales, unos sesenta millones de años atrás, sino que provendría de Australia o Sudáfrica. Según Juan Carlos Castilla, biólogo y padre de las Áreas de Manejo de la Ley de Pesca, es probable que el peregrinaje de esta especie hasta las costas de Antofagasta haya sido adosada a los barcos que llegaban a cargar salitre –algo así como una expresión biológica de las incrustaciones del mercado industrial de fines del siglo XIX– y que solo una especial circulación de las aguas le habría permi-

tido su crecimiento y desarrollo exclusivo en el litoral antofagastino. Mientras el piure recolectado fue abundante, restringió al *Perumytilus purpuratus* a la franja intermareal superior, con el que ha competido desde los inicios de la actividad portuaria. Hoy las camas de piure no son escenario del relato de infancia pues desde que se instalara en los roqueríos su extracción ha sido desproporcionada, de agregaciones en agregaciones.

La incrustación del piure, su exceso en el intermareal, ha conformado un nuevo gran hábitat de especies –gaviotas, lapas, pilpilenes, jaibas y muchas otras. Es una biodiversidad relativamente reciente que ha generado nuevas dependencias, legado de los agitados días del salitre.



Cactus (*Eulychnia* sp.) extraído de Chañaral para el herbario del naturalista Jean Saint-Pie, en la comuna de Asson, pirineos franceses. Véase *Manual de Cactáceas* de Curt Backeberg, 1959.

## Trayectorias del arpón

El arpón es una de las sofisticaciones tecnológicas más antiguas de los pueblos costeros. Como la balsa, el arpón concita las posibilidades de arrastrar a presas mayores, animales que superan el tamaño del cazador. Más que para matar, este es un instrumento de captura cuya secuencia implica puntería y penetración, sujeción y finalmente conexión, paralización y muerte. Como todo sistema de arponaje, cuenta con un cabezal desmontable aguzado y penetrante que se retiene al animal, un astil al que se acopla el cabezal y que permite el lanzamiento, y una línea o cuerda que une el cabezal ya penetrado con el cazador. Es posible que la mayor tensión no se encuentre en la punta que traspasa la piel del animal sino en la línea que la sostiene, cuya expresión de capacidad es quedarse prendida, controlar, revelar su escape y aproximar nuevos controles dentro de un tiempo de desgaste y cansancio. Vista la secuencia, el arpón es un artefacto compuesto cuya tecnología es aditiva, una combinatoria de elementos que lo forman para su completitud. En tanto montaje de partes, condensa variadas materialidades o recursos, que involucran múltiples operaciones, gestos, conocimientos. Su contraste y complementariedad permiten el ensamble nómade.

Descompongamos el arpón: los astiles principales eran hechos sobre la madera densa de un tamarugo, algarrobo o molle de los oasis interiores, podían llegar a medir hasta tres metros de largo por lo que solían manufacturarse en varias secciones

que se acoplaban entre sí. En algunos casos los cabezales llevaban puntas de piedra talladas sobre sílices obtenidas a decenas y a veces a cientos de kilómetros hacia la pampa. Para adherir los proyectiles líticos se requería de pegamentos hechos seguramente a partir de resinas vegetales. Las barbas laterales de los cabezales eran de huesos de mamíferos terrestres finamente pulidos, de espinas de cactus o de cobre martillado de la cordillera de la Costa. Éstas se amarraban a los vástagos gracias a fibras de algodón trenzadas, planta que no es nativa de la costa y que se fue acercando con el tiempo. Los vástagos eran hechos con huesos pulidos de mamíferos marinos o con maderas talladas. Las cuerdas de retención se manufacturaban siguiendo un delicado trabajo de lo que hoy podríamos llamar curtiembre y talabartería de pieles de lobos marinos, que eran peladas, raspadas, sobadas y cortadas para obtener sogas de hasta setenta metros, que se mantenían enrolladas y amarradas con fibras vegetales. Por lo general, el arpón era bañado con pigmento rojo. Es todo un paraje el que le da forma. La dirección y trayectoria del arpón, su proyección, velocidad y expansión se consiguen en el viaje.

## **La propiedad de Paposo y lo que comen las cabras**

En un capítulo de *Historia de Copiapó* dedicado a la distribución de tierras, Sayagó relata que Francisco Cisternas Villalobos arribó a Paposo en busca de minas, pero que una vez allí

advirtió las condiciones para la crianza de ganado, donde los pastos naturales parecían copiosos. Cisternas provenía de una antigua cuna de conquistadores y hacendados que poseía numerosas extensiones de tierras, sobre todo en el valle de Copiapó, Punitaqui, Carrizal y Vallenar, por lo que extenderse hacia el norte parecía un destino familiar ineludible. Su padre además tenía potreros en Finca de Chañaral, donde pastaba recuas de mulas que llevaban aguardiente a Potosí, y él, político empresario emprendedor, se había dedicado al cultivo de alfalfa en uno de sus solares. El 4 de julio de 1679 obtuvo del capitán general Juan Henríquez una extensión de tierras de 1500 cuadras desde Paposo por el sur hasta la quebrada Miguel Díaz por el norte, del mar a la cordillera, incluidos los puntos llamados Guanillo, quebradas de Camarones y Lomas de Llampi. Tal fecha es decisiva en cuanto a la introducción del ganado caprino y mular en Paposo, marca el cisma pescador-pastor.

De acuerdo con Miguel Luis Amunátegui, en 1788, más de cien años después, el capitán general Ambrosio O'Higgins pretendía el fomento de las pesquerías de congrio en Paposo, para lo que insistió en la protección de los pescadores changos, y ordenó reconocimientos en la zona al subdelegado José Joaquín Pinto y Cobos con el objeto de fundar un pueblo. De aquí la primera controversia por la propiedad de los terrenos. La heredera Felipa Mercado y Cisternas se legitima como propietaria, aunque sin poder reclamar el dominio de las playas, ni una distancia de 100 varas desde la línea de más alta marea, espacio



que se reconocía para los indios de las inmediaciones. Una vez que Pinto y Cobos arriba a Paposo en 1793 solicita al diputado territorial Gregorio Almendáriz la elaboración de un censo y un informe en que se incluyese la situación laboral, los productos trabajados y demás circunstancias relacionadas con la eventual fundación del poblado. Como éste no sabía escribir, es Félix Zuleta quien redacta los dos informes requeridos. La respuesta a la posibilidad de construir un pueblo, incluida una parroquia, fue negativa. Según ellos escaseaba lo preciso, no había maderas, ni sementeras, el agua apenas alcanzaba para beber, dar a las cabalgaduras y a unos pocos ganados vacunos y lanares que se criaban. Pinto y Cobos llega hasta Bandurrias antes de desistir del proyecto.

En 1799 el presbítero Rafael Andreu y Guerrero enviado a misionar a Paposo, dice que el lugar es el “olvido del mundo i horror de los pueblos vecinos”, y unos años más tarde abandona el proyecto de la vice parroquia. Probablemente, como sugiere Sayagó, los hechos posteriores de la Independencia terminan por desechar el proyecto fundacional y dejarlo sin más a la merced de sus viejos propietarios.

No obstante, hacia el siglo XIX las noticias dan cuenta de un ingreso más importante de ganado europeo, sobre todo caprino. En 1841 Valdivieso observa que la ganadería era abundante en relación a la población. Apenas llega a Paposo, a su encuentro vienen algunos changos con sus animales y casi todos tenían sus rebaños de reses menores. Miguel Gallo, por entonces propie-

tario –era esposo de Candelaria Goyenechea, tataranieta de Cisternas-, había comenzado la cría de ganado argentino y obtenía el trabajo de sus peones de la estancia a cambio del pastoreo de sus animales. En 1853 Philippi contabiliza en Paposo unas treinta a cuarenta mulas que se alquilaban para el transporte de agua y pertrechos a las minas, unos cien vacunos y unas cuantas cabras y ovejas, cuyas crías sufrían continuos ataques de “cóndores”. A su juicio, la crianza de ganado sería siempre limitada por las condiciones vegetacionales de la zona, lo que explicaba las características nómades de las pastoras. Los animales se habían comido las higueras y perales que Diego de Almeyda había plantado en Agua del Clérigo, y en años secos cabras y burros podían incluso morir de hambre. Por esto es que chaguares y quiscos se hacían comestibles quemándoles las espinas con pequeñas fogatas. Las cabras cumplieron su parte –rumiar, desertificar– como máquinas de la privatización, inauguraron la historia de los inversionistas de la zona –los siguientes pretendieron montar una fábrica de caucho con los lecheros de las lomas, *Euphorbia lactiflua*. Según Amunátegui, en 1859 el Ministerio de Relaciones Exteriores argumentaba la soberanía chilena de Paposo gracias a la merced de Cisternas.

## San Román y el mar

La Comisión Exploradora del desierto de Atacama liderada por San Román inició su itinerario en Copiapó en junio de 1883. Guiados por el cateador Pablo Torres, la expedición comenzó el reconocimiento del despoblado siguiendo el camino del ferrocarril de Copiapó en dirección a Puquios, por donde avanzaron hasta Tres Puntas, Inca de Oro y Finca de Chañaral, considerable vergel frente a la sequedad que se aproximaba al norte. De ahí en más la carreta de San Román se adentra definitivamente en los cascajos del desierto, una extensión de conocidas y no tan conocidas riquezas, con mulas sedientas que ofrecieron solo un viaje a paso de hombre.

Entre ásperos riscos y barrancales, murallones y piques, se considera desbordado por “un interminable lienzo” que se resiste a ser figurado y reproducido como mapa. Numerosas son las formaciones y accidentes que distraen constantemente a una expedición con intereses tan amplios como las líneas distributivas de los minerales, las triangulaciones geodésicas que corregirían las cartas anteriores, las declinaciones magnéticas y las orientaciones de las cadenas montañosas, los asuntos topológicos y meteorológicos, las colectas de rocas, fósiles y plantas, el posicionamiento de aguadas y caminos.

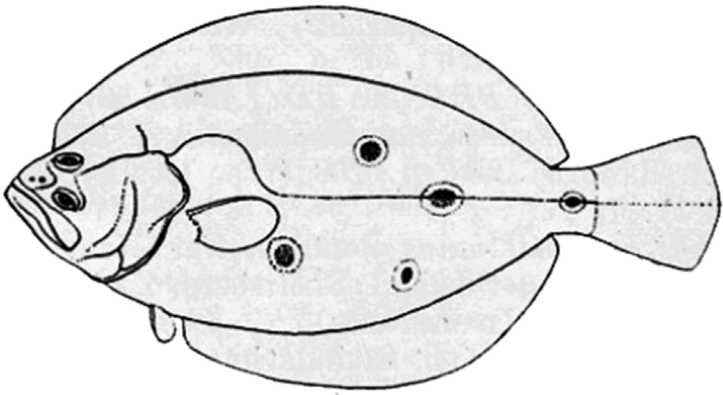
Explora entre otros sitios Pueblo Hundido, Carrizalillo, Las Bombas, Esmeralda, Vegas de Juncal, Incaguasi, Vaquillas y Sandón. Sin embargo, la premura del avance en el llano des-

nudo, la escasez de recursos, el cansancio de los animales y del equipo, hizo la tarea de catalogación y descripción cada vez más difícil, limitándose en algunos casos a rápidas observaciones. San Román decide dejar atrás la exploración de la falda cordillera y tomar rumbo hacia el oeste, cruzando por las calicheras de Taltal, casi todas apagadas por entonces. Los cerros blandos de faldeos arenosos granulados le dan señales de que se encuentra al pie oriental de la cordillera costera y que muy pronto se enfrentará al mar.

“Después de las adustas serranías del interior i del desierto gris con sus reflejos amarillentos i rojizos, encontrarse de súbito i en momento inesperado con la vista de ese azul del mar que se confunde en el espacio infinito con el azul del cielo, es impresión que se necesita haber sentido para comprenderla i deleitarse en ella. El mar i sus playas tienen un poder de atracción irresistible i parece que solo llegando a ellas se acaba el viaje i se descansa de sus fatigas.

El efecto óptico que se produce en el ojo cuando se baja por un plano inclinado, mirándose en ese espejo delicioso, se aumenta i exagera viendo alzarse el mar i aparecer como suspendido en el vacío de aquella atmósfera infinitamente diáfana, hasta alcanzar el cielo i confundirse con él en las alturas”.

Ya en Copiapó, en octubre de ese año, San Román remite al ministro del Interior, José Manuel Balmaceda, las conclusiones de su primera fase exploratoria. Entre éstas: el desierto no debe ser “motivo de horror”.



La extraña mirada del lenguado (*Paralichthys microps*) según el curador de peces de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, Henry Fowler, 1946.

## Escombros

En Andrés Sabella, Nefalí Agrella, Salvador Reyes o Sady Zañartu, seguramente en otros nombres, surge de alguna manera la caleta. No se conforman con la intimidad de la casa, solicitan lo circundante. En ellos se encuentran todo tipo de construcciones, casi todos los medios de transporte, casi todas las especies marinas. También hay casas vacías, muelles en desarme, quiscos, radiación solar. La bahía delinea para sí contornos y rasgos de su superficie, construye cuerpos-maquetas desde Taltal a Tocopilla, pasando por Cobija o Gatico. El relieve de la costa deja de ser una pura sinuosidad estéril que enfrenta el desierto al mar para hacerse ahora actividad. En ellos el puerto y la caleta se interrogan, yerguen su refugio –se refugian demasiado– con tal de reducir su nomadismo, de no transponerse en otros dominios. Atraídos por lo ausente, los escritores-habitantes prefieren más bien los fantasmagóricos paseos por la bahía, jugar entre los escombros del asentamiento. Tal vez por esto la caleta sea en parte huella, en parte ruinas. Y aun así su posicionamiento y extensión se resiste a una cartografía, su localidad elástica no deja de complicar la pregunta: ¿Dónde está Mejillones? ¿Dónde sus concentrados detalles? No se encuentra, probablemente, en el exterior geográfico, en un afuera de magnitudes, entre 23° S y 70° O, ni tampoco en la sensibilidad regional o en su literalidad. De momento podría decirse algo de su actividad transformadora y deformadora, de su multiplicidad.

Cuando Sabella escribe: “Mejillones es un puerto que cabría en la página de un libro”, en Agrella ya se leía: “¡Ah, pueblo simple, marchó/múltiples veces en secreto/por tus kilómetros de eternidad!”. Hay en él la posibilidad expansiva de la bahía, su continuidad desbordante, caer por el acantilado azotándose entre los peñascos y escapar.

## **Acerca del informe de Valdivieso**

En 1840 Valdivieso junto a un grupo de misioneros escriben al primer arzobispo de Santiago, Manuel Vicuña Larraín, sobre la necesidad de llevar a cabo una misión a las tierras limítrofes del norte, motivados por las carencias espirituales que había en el “departamento de Copiapó y las tolдерías de Paposó”. Tras conseguir el financiamiento de la Iglesia y el Estado, según el presbítero Rodolfo Vergara Antúnez –su biógrafo– el Supremo Gobierno le pidió a cambio un relevamiento de todo cuanto viera en tales territorios. La fragata Chile zarpó el 4 de enero de 1841 desde Valparaíso hasta Copiapó, donde los misioneros se dividieron: unos hacia el mineral de Chañarcillo y otros –Valdivieso más Joaquín Vera e Ignacio Víctor Eyzaguirre– hacia Paposó, embarcados en la goleta Janequeo. Poco más de cien horas de navegación les llevó a los sacerdotes enfrentarse a sus confines misionales; se instalan en la estancia de Miguel Gallo. La idea de construir acá una capilla o un vicariato tenía ya va-

rios años y por más lejanos que fueran estos parajes no faltaban los nuevos intereses.

Aunque el informe de Valdivieso menciona cierta desidia productiva de parte de los paposinos, describe con asombro a un pescador recogiendo un espinel que había capturado más de ciento noventa congrios de una sola tirada, con una varilla que llevaba unos setecientos u ochocientos anzuelos. Se lee:

“y felicitando al pescador por su buena suerte, él me contesta con frialdad, que mientras no llegase a trescientos o cuatrocientos, apenas era regular; y posteriormente supe que esta misma era la opinión de todos”.

Además, Valdivieso hace notar que en la pesca utilizaban anzuelos de cobre, elaborados a partir de placas, pues los de fierro se consideran quebradizos y de escasa duración en el agua.

Por su posicionamiento en una secuencia de progresos tipológicos, el anzuelo de cobre pareciera un invento reciente –y tal vez se remonte 2500 años atrás. Seguramente no sustituye del todo al anzuelo de cactus, ni es reemplazado apenas aparecen los nuevos utillajes. En cada momento las materialidades de los anzuelos demostraron énfasis y variación –por ejemplo, Vázquez de Espinosa señala que los garrochuelos para arponear ballenas se hacían de cobre. En el anzuelo el mineral revela su potencia tecnológica, pero sería sospechoso pensarlo como portador de un renovado deseo de aumentar la productividad. Así mismo, la mantención del cobre por sobre el hierro no debió depender solo de un problema de eficiencia y rendimiento. En el anzuelo



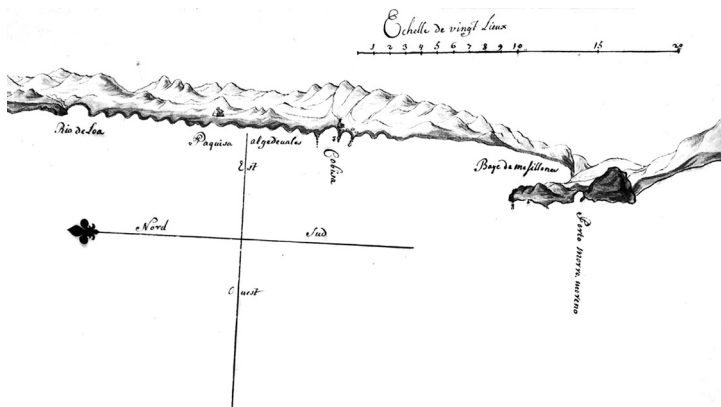
de cobre confluye el conocimiento del mar y de la tierra, del cerro –la veta, el mineral, los martillazos, el modelo– al pez.

## **Caleta:lobera**

Cabe examinar si vivir en caletas es revolución puramente del habitante humano. La lobera es una antiquísima selección, los lobos soberanos han ocupado sus riscos unos cuantos miles de años, lobos isleños. En ella conviven cientos de familias a lo largo del año, lobos y lobas de distintas edades y líneas filiales. Acá se aparean y tienen sus crías, de la circulación de sus alrededores consiguen parte del alimento que necesitan y las educan para vivir en el islote. Hay jerarquías, marcados posicionamientos e igualdades relativas. Algunos machos adultos destacan del resto sobre todo por ser más grandes y viejos, o más bravos y tenaces –sus aullidos-ladridos son más roncós y profundos. Éstos dominan el colectivo e imponen cierta distancia con sus decisiones, como con quienes se aparearán o el rincón del roquerío que elegirán para instalarse. Son los machos los encargados de alejarse de las loberas para ir de pesca, nadan tras jureles o corvinas.

La relación entre lobos marinos y humanos permanece desconocida. Sabemos de sus cercanías, ambos son cazadores y navegan las mismas aguas. Pero el humano ha tomado su sangre caliente, se ha puesto su máscara y el atuendo de su piel; se ha

travestido en lobo, lo ha devorado –en *Mar hondo* el “chango de la loba” de alguna manera la ama; en El Médano, Núñez y Contreras ven en los lobos que ascienden verticales la materialidad de la metamorfosis chamánica. El pescador se pierde a unas tres o cuatro leguas –en 1630, según Vázquez de Espinosa– sobre una balsa que es algo así como dos lobos unidos a él, una nueva corporalidad. Viajan solos o en parejas, de puntilla en puntilla, en trayectos de pesca, cargando sus aparejos. Si sobre su balsa mata a un lobo es como si el lobo-balsa o el lobo-doble diera caza a un lobo-anterior. El humano lo observa, lo busca mientras se asolea o duerme. De la transfiguración humano-lobo no hay medida de la especie que nace –que potencia sus atributos y capacidades– ¿Cuánto de interpenetración, a qué distancia o profundidad se encuentra de sus especies componentes? Lo mismo puede decirse para los dominios de la caleta y la lobera.



Perspectiva desde el interior de océano Pacífico hacia el desierto. En un mismo plano se aprecia la desembocadura del río Loa, Paquica, Algodonales, Cobija, la “Baye de Mejillones” y el imponente Morro Moreno. Obra inédita datada entre 1700 y 1799, depositada actualmente en la Colección d’Anville del Departamento de Cartas y Planos de la Biblioteca Nacional Francesa.

## Tabaco cimarrón

Philippi y Darapsky describen las hojas del tabaco cimarrón, “casi fruticoso cuyo alto es seis pies, de hojas grandes como de col”, “una variedad de tabaco (*Nicotiana solanifolia* Walp.) con hojas de más de un pie de largo”. *Nicotiana* habitante endémica de las lomas, del pedregullo, los conos de deyección, las aguedas, sobrevivientes al verano o la sequía en las desembocaduras de las quebradas, al sur de Antofagasta hasta más o menos Coquimbo.

Tras ella se encuentran las contemplaciones de los alcaloides litorales. Las cachimbas de piedra molles, conocidas como pipas de T invertida, se avecindaron más al norte, probablemente unos 1300 años atrás, sus humos envolventes fueron puestos en circulación costera. Las pipas del Vertedero de Antofagasta quemaron tabaco cimarrón antes de ser ofrendadas en el ritual mortuorio. Cubiertas por la basura, se hallan ocultas y ligadas a la muerte. Capdeville las encuentra en cementerios de Taltal, caleta Oliva y Las Guaneras; Latcham registra unas en Quillagua, quizás el extremo norteño de distribución de estas pipas; otra es registrada por Aichel entre Caldera y Antofagasta. El mismo Capdeville describe una de otro tipo, hallada en la Puntilla de Taltal, una pipa tubular de piedra, acaso más antigua, con cierto aire del noroeste argentino. El contexto de la búsqueda del éxtasis y la estimulación, aunque aún difuso, parece amplio si se considera que las prácticas inhalatorias andinas no fueron

extrañas para los pescadores, quienes al parecer supieron gozar de todo cuanto fuera exótico, como las tabletas para polvos de rapé, las espátulas o los tubitos para esnifar, influjos de la tradición atacameña o tiwanacota. Para el siglo XIX los changos de Paposo se encuentran más habituados a la coca. Hoy la *Nicotiana solanifolia* se usa regularmente como forraje para cabras y burros.

## Juegos de pesca

En 1953 una nota de la revista *En Viaje* comenta la fascinación por la pesca deportiva en las aguas de Iquique y Tocopilla, un tipo de turismo ya practicado en Cabo Blanco, Bimini, Islas Galápagos, Nueva Escocia o México. Se trata de un *gamefish* de destreza y fuerza en que se intenta atrapar un marlín o una albacora con caña y lienza de diversas medidas. Una vez advertidos del tamaño y la abundancia de los peces del Pacífico sur, los norteamericanos ricos no tardaron en llegar. En junio de 1952 el matrimonio Allison atrapó siete presas –cinco albacoras y dos marlines– en diecisiete días de pesca; en Iquique, Mildred obtuvo el record mundial de mujeres con una albacora de 759 libras, unos 345 kilos, y su esposo, Don, se llevó una de 780 libras, la más grande de esa temporada. Por su parte, la afamada Thelma Krieger sumó nuevos records a sus siete precedentes, atrapando una albacora de 625 libras y un marlín rayado de 420 que

desafiaba al record mundial de varones, Kip Farrington, cuyo marlín negro de las aguas de Cabo Blanco pesó 425 libras. El mayor registro de albacora lo tenía desde 1940 el representante inglés de Tocopilla, W. Toker, con un ejemplar de 860 libras, pero meses atrás había sido quebrado. La nota sigue:

“A mediados de abril último [1953], Arthur Hall, pasajero del yate ‘Observer’, lo superó al pescar frente a Iquique una albacora de 937,5 libras, hecho ampliamente difundido en Estados Unidos y también conocido en Chile. Y cuando Hall volaba de regreso a su país, Louis Marron, que llegaba invitado por los Krieguer al ‘Observer’, en los primeros días de mayo, quebraba la marca anterior de Hall, y a 20 millas del puerto tenía la suerte de pescar con la misma lienza, N° 39, que es la más gruesa para campeonatos y que resiste hasta 150 libras muertas, otro de estos mismos enormes peces que dió un peso de 1.182 libras”.

El mismo Farrington, *angler*, periodista y escritor, se ha encargado de relatar los juegos de pesca por los mares del mundo. En *Fishing the Pacific. Offshore and On* cuenta que Toker inició el juego en las costas chilenas, quien en los muelles de Iquique vio la llegada de las albacoras y en 1932 ya se había decidido a pescarlas. Cuando la Anglo-Chilean Nitrate & Railway Company abrió sus oficinas en las pampas de Tocopilla, Toker fue designado como ingeniero a cargo del ferrocarril –y además prestó funciones de cónsul de Inglaterra y fue el representante de la International Game Fish Association en Chile. Rápidamente otros funcionarios se sumaron y la compañía comenzó a dar

comodidades a las competiciones. Movidos por el desarrollo de una cultura *outdoor*, muchos empleados jubilados o viejos hombres de negocios se dedicaron a la pesca. Lou Marron abandonó la presidencia de la Coastal Oil Company of New Jersey para irse con su mujer tras las albacoras, primero a Nueva Escocia y después al Pacífico sur –para Mrs. Marron, el peligroso encanto de la pesca era “como caer en las garras de un amante celoso”. Las nuevas posibilidades para este turismo estaban dadas por el favorable cambio del dólar como por la expansión de las compañías aéreas que acercaban a los aventureros todo tipo de destinos y entretenimientos. La fotografía, que ya se había convertido en un artefacto testimonial del turismo, acá sirve para registrar los records obtenidos, el tamaño de las bestias colgadas de una grúa, cada una con su peso inscrito en el cuerpo.

## **Pacífico trenzado**

De acuerdo a Shozo Mazuda el espesamiento a base de algas es una tradición que se remontaría a la antigua China, mientras que el método empleado actualmente habría sido inventado en Japón, entre 1643 y 1660, durante el shogunato Tokugawa. Este es el mercado de su sustancia gelatinosa, enganchado al suelo marino el oleaje trenza su fronda: productos cosméticos, farmacéuticos, dentífricos, alimentos, bebidas, aceites, pinturas, pisos, adhesivos, insecticidas, fertilizantes, etc.

A mediados del siglo XIX David Forbes vio en Cobija cómo se recolectaban algas que luego eran comercializadas a unas 300 millas al interior de Bolivia, donde su contenido yódico combatía el bocio -*ccoto*- de los habitantes -*ccotosos*- de Quiabaya o Sarata, enfermedad que incluso atacaba a los animales. Todo esto antes de la fiebre del huiro, del transporte transpacífico de materias primas, de la demanda japonesa sobre las costas atacameñas, de los intermediarios -“Compro *Lessonia nigrescens*”-, aunque su misteriosa presencia enfardada en los antiguos cementerios de Pisagua evidencia una antiqüísima utilización; al parecer su valor siempre ha sido etéreo.

Hoy sabemos que entre Punta Coloso y la rada de Cobija existen más de setenta especies distintas de algas -según documentan Eliana Ramírez y Bernabé Santelices-, diversidad que se expresa en sus formas y tamaños, hábitats y colores, hojas y tallos; pero todas comparten su plasticidad. Para Cristian Morales es esta propiedad la que constituye la genética social del alga, su identidad material, su sustancia espacial y temporal, que liga a Japón y Atacama en una misma cadena mercantil.

Hacia 1982 tal expansión mostraba los paños de algas pardas secándose al sol, destroncadas, los atados amontonados listos para ser molidos y transportados. Ya Larraín denunciaba la falta de control, la devastación y calculaba las toneladas y camionadas. Por esos días el bando militar prohibía traspasar el kilómetro 85 al sur de Iquique. Las comunidades de estos bosques intermareales fueron reducidas a los alginatos.



## Anfibios

Ruschenberger:

“Una balsa consiste en dos cueros de lobo marino cosidos en forma de bolsas, infladas de aire y amarradas una al lado de la otra, más juntas en un extremo y abiertas en el otro en forma de compás. En el extremo pequeño o proa de la primitiva embarcación se sienta el hombre con los pies metidos en el agua, propulsando la balsa mediante un remo doble formado en cada extremo por una paleta de remo, utilizándolo diligentemente primero a un lado, luego al otro. No sería una presunción monstruosa compararlo con algún ser mitológico que monta un habitante de las profundidades. Pero una mirada más próxima, sin embargo, te despojaría de inmediato de cualquier idea de que el jinete pudiera realmente tener algo de divino dentro tu imaginación, más aún si requieres de sus servicios en la línea de los negocios. Lleva mensajes, captura peces y contrabandea plata y oro que guarda en una bolsa de cuero bajo su asiento, transportándolos muy seguros a bordo, libres de impuesto de exportación. En toda la costa esta clase de anfibios es famosa por su honestidad; no se han registrado hasta el momento fraudes salvo cuando oficiales de aduana están involucrados, aunque millones en oro y plata se han confiado a su transporte. Sus disputas mutuas a veces dan lugar a escenas divertidas. Es común que cuando se encuentran hagan cortes o agujeros en las balsas del otro;

cuando lo logran, que a menudo es solo después de muchas maniobras a ambos lados, el aire se escapa y el desafortunado personaje queda sostenido solamente sobre una piel flácida, siendo reducido a la necesidad de nadar por su vida. Frecuentemente las contiendas terminan con la pérdida de ambas balsas; pero el enojo de las partes queda completamente olvidado luego de un baño frío y un nado prolongado hasta el momento de llegar hasta la orilla” (La traducción es nuestra).

Lo mejor de esta impresión tal vez sea su síntesis. Asume que su observación fascinada puede estar lo bastante obstruida como para ver en el balseiro algo más, otro balseiro. Esta idea anfibia del chango sobre su balsa, pensada desde el extrañamiento maravilloso que supuso tal tecnología para el observador, permite considerarlo en su propia ambivalencia, definido a partir de sus dos cualidades que son vivir en la tierra y vivir en el agua. La fantasía del monstruo híbrido, aquel rostro casi humano provisto de una estructura fisiológica extraña, como dos muslos de lobo que flotan –el homúnculo balsa–, describe la articulación de ambos medios –ambas economías–, que no solo hace pensar en el anfibio como el antepasado terrenal marino, sino en una especie acomodada a su lugar y que en tanto bestia-tecnología posee claros atributos morales. La lección que encuentra Ruschenberger en esta criatura es su confiabilidad, su capacidad para pactar tratos, hacer movimientos portuarios, evadir impuestos, su astucia, cierta honestidad. Al mismo tiem-

po deja ver a un ser patético y torpe, cuya etología podría ser similar a la de un niño juguetero. Con todo, para el navegante transoceánico el balseiro pegado a su balsa es una conjunción de capacidades, una quimérica naturaleza mixta, famosa si se trata de negocios.





## Bibliografía

Agrella, N. Mejillones. En *Antología Atacameña. Poesía y cuento*, compilación y notas A. Aranda, Santiago, Nascimento, 1977 [1912].

Aichel, O. Ergebnisse einer Forschungsreise nach Chile-Bolivien. *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie* 31(1), 1932, pp. 1-166.

Alcedo, A. *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*, Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1786.

Álvarez, L. Un cementerio precerámico con momias de preparación complicada. En *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 181-190, Concepción, Rehue 2, 1969.

Álvarez, L. Balsas de totora, de madera y de cueros de lobos en la prehistoria de Arica. *Diálogo Andino* 18, 1999, pp. 21-38.

Álvarez, O. *El último constructor de balsas de cuero de lobos (rescate de una tradición)*, Copiapó, Fondart, 2003.

Amunátegui, M. *La cuestión de límites entre Chile i Bolivia*, Santiago, Imprenta Nacional, 1863.

*Anuario Climatológico de Chile*, Santiago, Dirección Meteorológica de Chile, 2010.

*Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, año 4, Santiago, Imprenta Nacional, 1878.

Arce, I. *Narraciones históricas de Antofagasta*, Antofagasta, Fondart, 1997 [1930].

Asta-Buruaga, F. *Diccionario geográfico de la República de Chile*, Santiago, 1899.

Báez, P. y C. Martínez. Desove y fecundidad de *Pinnaxodes Chilensis* (H. Milne Edwards) (Crustaea, Decapoda, Brachiura: Pinnotheridae). *Anales del Museo de Historia Natural* 9, 1976, pp. 45-60.

Bermúdez, O. La población indígena de la doctrina de Pica. Segunda mitad del siglo XVIII. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 6, 1980, pp. 145-215.

Bibar, G. de. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1966 [1558].

Bird, J. Excavations in northern Chile. *Anthropological. Papers of the American Museum of Natural History* 38(4), 1943, pp. 173-318.

Bird, J. The cultural sequence of the north Chilean coast. *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* 143, 1946, pp. 587-594.

Bittmann, B. Cobija y alrededores en la época Colonial (1600-1750). En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo II, pp. 327-356, Altos de Vilches, Sociedad Chilena de Arqueología, 1977.

Bittmann, B. Interrelaciones étnicas establecidas a lo largo de la costa del norte de Chile y sur de Perú en el contexto de la colonia: Los camanchacas. *Estudios Atacameños* 7, 1984, pp. 327-334.

Bittmann, B. Recursos naturales renovables de la costa del norte de Chile: Modos de obtención y uso. En *Etnografía e Historia del Mundo Andino: Continuidad y Cambio*, editado por S. Mazuda, pp. 269-334, Tokio, Universidad de Tokio, 1986.

Bollaert, W. Observations on the geography of Southern Perú, including Surrey of the Province of Tarapacá, and route to Chile by the coast of the Desert of Atacama. *Journal of the Royal Geographical Society of London* 21, 1851, pp. 99-130.

Bollaert, W. Observations on the History of the Incas of Peru, on the Indians of South Peru, and on Some Indian Remains in the Province of Tarapacá. *Journal of the Ethnological Society of London* 3, 1854, pp. 132-164.

Bollaert, W. *Antiquarian, ethnological and other research in New Granada, Ecuador, Peru and Chile, With Observations of the Pre-Incariac, Incariac and other Monuments of Peruvian Nations*, Londres, Trubner and Co., 1860.

Boman, E. *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, tomo I, Paris, Imprimerie Nationale, 1908.

Bückle, L. El Erizo comestible, (*Loxechinus albus* (Mol.)). *Noticario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 205, 1973, pp. 8-11.

Capdeville, A. Cómo descubrí la industria paleolítica americana de los sílices negros tallados, en zona de la costa de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural*, 32(1), 1928, pp. 348-364.

Capdeville, A. *Industria de los pueblos prehistóricos de Chile*. Álbum Fotográfico, Societe Scientifique du Chili, propiedad de Ruperto Vargas, transcripción de V. Varela y J. Michelow, Museo Chileno de Arte Precolombino, s/f.

Carrasco, C., J. Echeverría, B. Ballester y H. Niemeyer. De pipas y sustancias: costumbres fumatorias durante el periodo formativo en el litoral del desierto de Atacama (Norte de Chile). *Latin American Antiquity* 26(2), 2015, pp. 143-161.



Carvallo y Goyeneche, V. Descripción Historico-Geográfica del Reino de Chile. En *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*, tomo X, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1876.

Casassas, J. *La Región Atacameña en el Siglo XVII*, Antofagasta, Universidad del Norte, 1974.

Casassas, J. Carta del Factor de Potosí Juan Lozano Machuca (al virrey del Perú Don Martín Enríquez) en que da cuenta de cosas de aquella villa y de las minas de los Lipés (año 1581). *Estudios Atacameños* 10, 1992, pp. 30-34.

Castillo, J., P. Manríquez, A. Delgado, V. Ortiz, M. Jara y M. Varas. Rocky intertidal zonation pattern in Antofagasta, Chile: invasive species and shellfish gathering. *Plos one* 9 (10), 2014, pp. 1-10.

Castro, V. *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur*, Santiago, Universidad de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.

Cieza de León, P. *La crónica del Perú*, Madrid, Calpe, 1922 [1553].

Contreras, R. Recolección y pesca: pasado y presente en la costa de Taltal. *Taltalia* 3, 2010, pp. 57-86.

Contreras, R. Breve historia de Taltal y la presencia alemana en el puerto a través de la fotografía. *Taltalia* 5-6, 2013, pp. 89-127.

Contreras, R. y G. Gutiérrez. Informe preliminar: uso de plantas y crianza de ganado caprino; tradición y consecuencias sobre el medio natural y la cultura. *Taltalia* 1, 2008, pp. 137-149.

Contreras, R. y P. Núñez. Nuevos antecedentes sobre la balsa de cuero de lobo en la costa de Taltal, Chile. *Taltalia* 2, 2009, pp. 88-97.

Cordemoy, C. de. *Estudio relativo a los puertos de Iquique, Pichilemu, Talcahuano e Imperial*, Santiago, Imprenta Nacional, 1896.

Cornely, F. *Cultura Diaguita chilena y cultura de El Molle*, Santiago, Imprenta del Pacífico, 1956.

Cúneo-Vidal, R. Historia de la Fundación de la ciudad de San Marcos de Arica. En *Obras Completas*, tomo V, volumen 9, 1977, editado por I. Prado, pp. 7-213, Lima, Morsom.

Cúneo-Vidal, R. Leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama. En *Obras Completas*, tomo V, volumen 10, 1977, editado por I. Prado, pp. 215-451, Lima, Morsom.

Cúneo-Vidal, R. Enciclopedia Incana. En *Obras Completas*, tomo VII, volumen 12, 1978, editado por I. Prado, Lima, Morsom.

Chervin, A. Cranes, pointes de fleches en silex et instruments de peche provenants de la baie d'Antofagasta. *Bulletin et Memoires de la Societé d'Anthropologie de Paris* 5(3), 1902, pp. 700-708.

Darapsky, L. *El Departamento de Taltal. La morfología del terreno y sus riquezas*, Santiago, Consejo Nacional de Libro y la Lectura, 2003 [1900].

Davenport, D., J. Johnson y J. Timbrook. The Chumash and the swordfish. *Antiquity* 67, 1993, pp. 257-272.

Escudero, E. Iquique, emporio de records mundiales de pesca deportiva de alta mar. *Revista En Viaje* 237, 1953, pp. 18-19.

Espinoza, E. *Geografía descriptiva de la República de Chile*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional, 2012.

Eyzaguirre, J. y F. Silva. Nuevos testimonios de la jurisdicción del reino de Chile en el desierto de Atacama. *Historia* 5, 1966, pp. 191-195.

Farrington, K. *Fishing the Paçífics. Offshore and on*. Coward-McCann, New York, Van Rees Press, 1953.

Feuillée, L. *Journal des observations physiques, mathématiques, et botaniques faites par l'ordre du Roy sur les côtes orientales de l'Amérique Méridionale, et Dans les indes occidentales, depuis l'année 1707, jusques en 1712*, Paris, Chez Pierre Giffart, libraire, Graveur du Roy & de l'Academie Royale de Peiture & de Sculpture, 1714.

Forbes, D. On the Aymara Indians of Bolivia and Peru. *The Journal of the Ethnological Society of London* 2(3), 1870, pp. 193-305.

Frezier, A. *Relation du voyage de la mer du sud aux cotes du Chili, du Perou, et du Bresil, fait pendant les années 1712, 1713 & 1714*, Amsterdam, Pierre Humbert, 1717.

Garcilaso de la Vega, I. *Comentarios Reales*, tomo II, Caracas, Ayacucho, 1985.

Gay, C. *Historia física y política de Chile*, zoología, tomo III, Paris, Museo de Historia Natural de Santiago, 1849.

Gay, C. *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, tomo I, Santiago, Imprenta de Thunot y Cía., 1854.

Gillis, J. *The U.S. Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere during the years 1849-50-51-52*, Washignton, A. O. P. Nicholson Printer, 1855.

Guevara, T. *Historia de Chile. Chile prehispánico*, tomo I, Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells & Co., 1929.

Henríquez, H., M. Moraga, E. Llop y F. Rothhammer. Caracterización genético molecular de habitantes de Caleta Paposo, último reducto Chango en Chile. *Revista Médica de Chile* 132, 2004, pp. 663-672.

Hidalgo, J. Corregidores ilustrados en el desierto de Arica, Tarapacá y Atacama 1760-1780. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* LXXV(118), 2009, pp. 91-155.

Ibar, J. Consideraciones anatómicas sobre cráneos de indios de Paquica y Chiuchiu. *Anales de la Universidad de Chile* 15, 1934, pp. 243-272.

Informe facilitado al capitán Francisco de Cáceres por un indio llamado Chepo acerca de las islas Salomón, y tiempo que los indígenas invierten en llegar a ellas desde los puertos de Ilo y Arica, y observaciones sobre una isla visitada por Juan Montañés, tripulante de un navío procedente de Chile (Hállase el original en el Archivo General de Indias de Sevilla entre los papeles llevados del Archivo General de Simancas, en un legajo rotulado como *Papeles tocantes a las Islas de Poniente, de los años 1570 hasta el 1588*. Copia de Martín Fernández de Navarrete), 1570-1588. Sección Expedi-

ciones del Pacífico, Expediciones desde 1519 hasta 1697, tomo I. Disponible web <http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/i18n/consulta/registro.cmd?control=BMDB20160045710>

Kelsey, H. *Sir Francis Drake: El pirata de la reina*, Barcelona, Ariel, 2002.

Kessel, J. van. *Diccionario de pesca artesanal del Norte Grande de Chile*, Publicaciones ocasionales 2, Iquique, Universidad Libre de Holanda, Centro de Investigación de la Realidad del Norte, 1986.

Larraín, H. *Análisis demográfico de las comunidades de pescadores changos del Norte de Chile en el Siglo XVI*, Tesis Master of Arts, Department of Anthropology, State University of New York, 1978.

Larraín, H. Algas pardas bajo ataque frontal. *Creces* 8, 1982, pp. 2-4.

Latcham, R. *Los changos de las costas de Chile*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1910.

Latcham, R. *Arqueología de la Región Atacameña*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1938.

La Estrella. *Tocopillanos cazan megapez*. Jueves 26 de mayo de 2011, Antofagasta.

La Estrella. *Testigo del desquiciado carneo de una ballena*. Rodrigo Ramos Bañados. Viernes 13 de septiembre de 2013, Antofagasta.

Le Paige, G. Cráneos atacameños: Evolución, ritos. *Anales de la Universidad del Norte* 5, 1966, pp. 5-82.

Lindberg, I. Algunas notas sobre changos actuales en la costa de Antofagasta. *Museo Regional Universidad del Norte, Iquique* 1(3), 1967, pp. 5-17.

Lizárraga, R. de. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Buenos Aires, Union Académique Internationale, Academia Nacional de Historia, 1999 [1603-1609].

Looser, G. El arqueólogo Don Augusto Capdeville. *Boletín de la Biblioteca Nacional* 3(18), 1932, pp. 244-246.

Looser, G. Las balsas de cuero de lobos de la costa de Chile. *Revista Chilena de Historia Natural* 42, 1938, pp. 232-266.

Llagostera, A. Tres dimensiones de la conquista prehistórica del mar. Un aporte para el estudio de las formaciones pescadoras de la costa sur andina. En *Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 217-245, Santiago, Kultrún, 1982.

Llagostera, A. Caza y pesca marítima. En *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 57-81, Santiago, Andrés Bello, 1989.

Malespina, A. *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida al mando de los capitanes de navío Dr. Alejandro Malaspina y Don José de Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794*, Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijos de Abienzo, 1885.

Martínez, J. Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el corregidor de Atacama, Don Juan de Segura (19 de julio de 1591). *Cuadernos de Historia* 5, 1985, pp. 161-171.

Marron, E. *Albacora. The search for the giant broadbill*, New York, Random House, 1957.

Matte, J. Misión en el Paposó. *Teología y Vida* XXII(1), 1981, pp. 51-64.

Mazuda, S. Las algas en la etnografía andina de ayer y hoy. En *Etnografía e Historia del Mundo Andino: Continuidad y Cambio*, editado por S. Mazuda, pp. 223-268, Tokio, Universidad de Tokio, 1986.

Mellet, J. *Voyages dans l'Interieur de l'Amérique Méridionale*, Paris, Chez Masson et Fils, 1824.

*Minerales, guano y salitre de Atacama. Medidas oficiales para el fomento de la industria*, Santiago, Imprenta Nacional, 1877.

Moerenhout, J. *Voyage aux îles du Grand Ocean, contenant des documents nouveaux sur la Géographie Physique et Politique, la langue, la littérature, la Religion, les Moeurs, les usages et les coutumes de leurs habitants...* Paris, Arthur Bertrand, 1937.

Montfort, M. y M. Sénéchal. Rapports sur une mission scientifique en Amérique du Sud (Bolivie, République Argentine, Chili, Pérou). En *Extrait des Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, tomo XII, pp. 81-129, Paris, Imprimerie Nationale, 1904.

Morales, C. Luga: el alga moderna, el plástico marino. *Synergies Chili* 7, 2011, pp. 181-196

Morton, S. *Crania Americana; a comparative view of the skulls of various aboriginal nations of north and south America*, Philadelphia, J. Dobson, Chestnut Street. London, Simpkin, Marshall & Co., 1839.

Mostny, G. *Arqueología de Taltal: epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1964.

Niemeyer, H. Una balsa de cueros de lobo de la caleta de Chañaral de Aceitunas (Prov. De Atacama, Chile). *Revista Universitaria* 50-51(28-29), 1965-1966, pp. 257-269.

Noort, O. van. *Description du Penible Voyage Fait Entour de L'univers ou Globe Terrestre*, Amsterdam, Cornille Nicolas, 1610.

Núñez, P. *Vivir después de soñar*, Taltal, Bergantín Águila y Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal, 2016.

Núñez, P. y R. Contreras. El arte rupestre de Taltal norte de Chile. *Taltalia* 1, 2008, pp. 77-85.

Odone, C. Quillagua: La descripción de un espacio desde la historia. En *Actas II Congreso Chileno de Antropología*, tomo II, pp. 598-605, Valdivia, Colegio de Antropólogos de Chile, 1995.

O'Higgins, A. La visita a las provincias del Norte. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 63(67), 1929, pp. 118-135.

Opazo, A. y C. Reiche. Descripción i resultado de un viaje de estudio de Caldera a Paposó en busca de plantas que contengan caucho. *Anales Agronómicos* 4(3-4), 1909, pp. 189-237.

D'Orbigny, A. *Viaje a la América Meridional, Brasil, República de Uruguay, República Argentina, La Patagonia, República de Chile, República de Bolivia, República de Perú, realizado de 1826 a 1833*, Buenos Aires, Futuro, 1945[1847].



Ovalle, A. de. *Historica relacion del Reyno de Chile*, Roma, Francisco Cavallo, 1646.

Pernoud, R. *América del Sur en el siglo XVIII. Misceláneas anecdóticas y bibliográficas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Philippi, R. *Viage al desierto de Atacama hecho de orden del gobierno de Chile en el verano 1853-54*, Halle, Librería de Eduardo Anton, 1860.

Pomar, L. *Exploración hidrográfica del litoral de Antofagasta*, Santiago, Imprenta Nacional, 1887.

Porter, C. Les études anthropologiques au Chili, *Journal de la Société des Américanistes*, tomo VII, 1910, pp. 203-219.

Porter, C. Materiales para la fauna carcinológica de Chile. *Revista Chilena de Historia Natural* 13, 1909, pp. 245-249.

Pretty, F. *The prosperous voyage of M. Thomas Candish esquire into the South sea, and so round about the circumference of the whole earth, begun in the yere 1586 and finished 1588. En The principal navigations, voyages, traffiques & discoveries of the English nation made by sea or over-land to the remote and farthest distant quarters of the earth at an time within the compasse of these 1600 yeeres*, editado por R. Hakluyt, volumen XI, pp. 290-347, Glasgow, The University Press, 1904[1599].

Ramírez, M. y S. Quevedo. Hallazgo de *Lessonia Nigrescens* (Phaeophyceae) en enterratorio del cementerio Tiahuanaco Atacameño Pisagua (Colección Max Uhle). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 49, 2000, pp. 99-108.

Ramírez, M. y B. Santelices. Análisis biogeográfico de la flora algalógica de Antofagasta (Norte de Chile). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 38, 1981, pp. 5-20.

Raphael, M. *Prehistoric Cave Paintings*, New York, Pantheon, 1945.

Reyes, S. *El barco ebrio*, Antofagasta, Imprentas Unidas, 1963.

Reyes, S. El matador de Tiburones. En *Los tripulantes de la noche*, Santiago, Andrés Bello, 1984.

Riso Patrón, L. *Diccionario Jeográfico de Chile*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1924.

Rostworowski, M. La región del Colesuyu. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 16-17, 1986, pp. 127-135.

Rothhammer, F., M. Moraga, C. Santoro y B. Arriaza. Origen de los Changos. Análisis de ADNnt antiguo sugiere descendencia de pescadores de la cultura Chinchorro (7.900-4.000 A.P.). *Revista Médica de Chile* 138, 2010, pp. 251-256.

Rowe, J. Probanza de los incas nietos de conquistadores. *Histórica* 9(2), 1985, pp. 193-245.

Rudolph, W. The rio Loa of northern Chile. *Geographical Review* 17(4), 1927, pp. 553-585.

Ruschenberger, W. *Three years in the Pacific. Including notices of Brazil, Chile, Bolivia and Peru*, Philadelphia, Carey, Lea y Blanchard, 1943.

Russel, W. *A visit to Chile and the nitrate fields of Tarapacá*, with illustrations by Mr M. Prior, Londres, J. S: Virtue & Co., 1890.

Sabella, A. *Hombre de cuatro rumbos*. Antología del Norte Grande, Santiago, Orbe, 1966.

San Román, F. *Desierto y cordilleras de Atacama*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional, 2012.

Santa Cruz, J. Los indígenas del norte de Chile antes de la conquista española. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 3(VII), 11, 1913, pp. 38-88.

Santa Cruz Pachacuti Yamqui, J. de. Relación de antigüedades deste reyno del Pirú. En *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, pp. 231-328, Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1879.

Sarmiento de Gamboa, P. Relación de lo que el corsario Francisco hizo y robó en la costa de Chile y Perú, y las diligencias que el virey Don Francisco de Toledo hizo contra él. En *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, editado por J. Rayón y F. de Zabálburu, tomo XCIV, pp.432-458, Madrid, Ginesta Hermanos, 1889 [1579].

Sayago, C. *Historia de Copiapó*, Santiago, Francisco de Aguirre, 1973[1874].

Sénéchal de la Grange, E. Pointes de flèches provenantes de la baie d'Antofagasta (Chili). *L'homme Préhistorique* 1(6), 1903, pp. 161-165.

Silva, F. Perú y Chile. Notas sobre sus vinculaciones administrativas y fiscales (1785-1800). *Historia* 7, 1968, pp. 147-203.

Silva Lezaeta L. *El conquistador Francisco de Aguirre*, Santiago, Revista Católica, 1904.

Spahni, J. Recherches archéologiques à l'embouchure du Rio Loa (Côte du Pacifique Chili). *Journal de la Société des Américanistes* 56(1) 1967, pp. 179-251.

Tellez, E. Producción marítima, servidumbre indígena y señores hispanos en el partido de Atacama: Un documento sobre la distorsión colonial del tráfico entre el Litoral Atacameño y Potosí. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 16-17, 1986, pp. 159-165.

Uhle, M. *Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna*, Quito, Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, 1922. En la solapa y escrito a mano se lee "Esta obra máxima de Max Uhle me fue obsequiada el día 12/2/87 en Santiago por el joven arquitecto Emilio Schwenger, nieto del ingeniero Emil Schwenger, que fuera Jefe de la Oficina Salitrera Alemania, cerca de Taltal en los años en que Augusto Capdeville excavaba en la zona de Taltal. Schwenger y Capdeville fueron buenos amigos y salían los fines de semana a excavar cementerios arqueológicos en diferentes lugares de la costa. Capdeville obsequió a Emil Schwenger una numerosa colección arqueológica de 437 piezas, que vi en poder de su nieto en Dic-Enero 86/87 en Santiago de Chile. Esta colección es muy rica en objetos de piedra e incluye el cuchillo de mayor tamaño que fuera encontrado en Taltal. La colección tiene, además, un buen número de piezas en metal (cobre, oro), en hueso, concha y madera. También incluye hermosos vasos de cerámica, del cementerio de los "Vasos Figurados". En la biblioteca de Emil Schwenger,

heredada por su nieto Emilio, figuraba esta obra de Uhle, caso seguramente enviada por Max Uhle al gran colaborador de A. Capdeville. En efecto Emil Schwenger suministraba obreros de su salitrera a Capdeville para sus excavaciones. En la misma biblioteca, vi varios artículos de A. Capdeville, escritos en el Boletín de la Academia de la Historia de Quinto, años 1922 y 1923, con multitud de correcciones y adiciones (además de la dedicatoria de A. Capdeville “al gran arqueólogo Emilio Schwenger” de la mano propia de Capdeville). Horacio Larraín Stgo. 12/2/87.”

Vaïsse, E., F. Hoyos y A. Echeverría i Reyes. *Glosario de la lengua atacameña*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1896.

Vázquez de Espinosa, A. *Compendio y descripción de las indias occidentales*, Washington, Smithsonian Institution, 1948[1630].

Vaux, W. *The world encompassed by Sir Francis Drake: being his next voyage to that to Nombre de Dios; collated with an unpublished manuscript of Francis Fletcher, chaplain to the expedition*, Londres, The Hakluyt Society, 1854.

Vergara, L. Cráneos de paredes gruesas (Nuevas investigaciones en 63 cráneos de Quillagua y algunos de la costa). *Revista Chilena de Historia Natural* 9(4), 1905, pp. 172-190.

Vergara, R. *Vida i Obras del ilustrísimo i reverendísimo Señor Doctor Don Rafael Valenñín Valdivieso*, segundo arzobispo de Santiago de Chile, Santiago, Imprenta Nacional, 1886.

Vidal Gormaz, F. *Exploraciones y reconocimientos hidrográficos*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional, 2012.

Worringer, W. *Abstraction and empathy. A contribution to the psychology of style*, Chicago, Elephant Paperbacks, 1997.

Zañartu, S. *Mar hondo. La biografía de un puerto sin esperanza*, Santiago, Imprenta Chile, 1949.



